Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII | San José, Costa Rica **1929** Sábado 27 de Abril | Núm. 16

SUMARIO

Tolstoi para los niños

=De *La Prensa*. Buenos Aires.=



PARA celebrar el centenario del nacimiento del «gran escritor de la tierra rusa», según el mismo Turguenef, el *Comité de publicación del centenario de Tolstoi*, constituído en París, editó, por primera vez en lengua francesa, *Los cuatro libros de lectura*, compuestos por él para sus alumnos campesinos de la escuela de Iasnaïa-Poliana. Se encargó a Charles Salomon traducirlos, prologarlos e ilustrarlos con notas. La elección no pudo ser más acertada. Charles Salomon conoció a Tolstoi, pudo identificarse con su obra pedagógica y sentir el influjo personal de su gran alma. Su traducción es íntegra y está hecha del ruso; su prólogo está rebosando amor; sus notas, conocimientos minuciosos de la vida y la obra total del patriarca.

Estos *Cuatro libros* fueron escritos de 1869 a 1872, y formaban parte del *Abecedario*. Ya antes, cuando su primera tentativa de fundar una escuela en sus dominios de Iasnaïa-Poliana, Tolstoi demostró su capacidad pedagógica publicando la *Revista de Iasnaïa-Poliana*, de 1859 a 1862. Espíritu apasionado pero de acción dispersa y, por lo múltiple, no enfocada con tesón, intentaba sus proyectos y dejaba ver sus vocaciones sin continuidad. Ya siendo el joven y brioso oficial de Sebastopol, apuntó el afán pedagógico que florecería en su sabia ancianidad, queriendo fundar una escuela para soldados. Tampoco este afán pedagógico, que en él se confundía con su fervor evangélico, terminó con la frustrada tentativa de 1862. Más adelante, ampliándose su intención, Tolstoi escribe para los campesinos como lo hiciera para sus hijos: de 1879 a 1910 (año de su muerte), produce una serie de narraciones, ejemplificando sus teorías estéticas, arrancadas del alma popular hasta aparecer trozos de su rico folklore. Y el estilista de *Ana Karenine*, el psicólogo de *La guerra y la paz*, se hace sencillo en la expresión y simple de alma, para que sus amados niños grandes, los mujiks, puedan comprenderle. Tolstoi, artista y pedagogo, sabe unir de admirable manera estas dos cualidades de su espíritu en sus *Cuentos populares* (de los que en castellano se conocen muy pocos, pero cuyo total excede de cien); allí es un maestro cuyo instrumento es la emoción.

En 1861, Tolstoi viaja por Europa, quiere instruirse, conocer los últimos sistemas pedagógicos, calmar la sed que la lectura del *Emilio*, de Rousseau, había despertado en él. En Alemania conoce a Auerbach y al profundo Froebel. Al regresar a su terruño introduce modificaciones en su escuelita, enseña personalmente, publica la *Revista de Iasnaïa-Poliana*, dedícase con su habitual apasionamiento a conocer el alma de los niños. Se hace su compañero mayor. Uno de ellos, Basilio Morozof, a quien el maestro amaba y distinguía por su cautivante inteligencia, recordando años después la escuela de la que le tocó ser alumno, dice: «Eramos inseparables. La mañana de los escolares se pasaba en la escuela, el mediodía en el juego, la tarde, hasta llegar la noche, en el bosque vecino. Tranquilizados por la presencia del maestro, los escolares entretanto lo tienen por la mano; regresan, y se juntan de noche sobre la terraza a escucharlo. Tolstoi les hablaba de sus aventuras en el Cáucaso, donde casi fué hecho prisionero. Les hablaba de los árabes, de Hadji-Mourat, de su vida entre los cosacos, de sus cacerías, y les lee fábulas. A su alrededor, los niños recordaban las historias de su aldea, repetían a su manera lo acabado de oír, contaban los cuentos que sabían o conversaban entre ellos. Y Tolstoi anotaba cuidadosamente cuanto ellos decían».

Conmueve la escena que el cariñoso alumno pinta con tanta fuerza. Charles Salomon, al evocar a Tolstoi en aquel instante fecundo de su fecunda vida, exclama: «Un maestro en la fuerza de la edad, hábil en todos los trabajos del campo, sabiendo abatir un árbol, sembrar trigo y conducir un carro; experto en todos sus juegos y capaz de aprenderlos de nuevo; en la lucha, más fuerte que muchos de entre ellos reunidos y superándolos en la carrera como en la natación. Un hombre que había vivido en el Cáucaso, que volvía de la guerra, que era gran cazador y tenía en la frente una cicatriz, sobre un ojo la huella de las garras de una bestia y que les narraba cómo un año antes, en un gran bosque, había sido atacado por un oso: el cuero estaba allí mismo, en la casa». Con un maestro de tal prestigio y con un método al que las más modernas teorías pedagógicas dan la razón, los niños sentíanse en la gloria: gozando, aprendían.

El escritor norteamericano Eugenio Skyler contó en un artículo la visita que él hiciera a Tolstoi en 1868 y cómo éste lo interrogó sobre los métodos de enseñanza usados en las escuelas de Estados Unidos, los libros de texto, etcétera. Skyler le envió libros de lectura y una especie de antología graduada: *El primero, segundo y tercer libros*. Data de ese mismo año 1868 la idea de Tolstoi de compo-

ner un libro para los niños de su escuela. En 1869, año en que termina *La guerra y la paz* y comienza *Ana Karenine*, escribe el *Abecedario*. En su primitiva forma, éste es un grueso manual de 756 páginas, dividido en cuatro partes. Comprendía un método para aprender a leer y a contar, textos de historia, episodios de las Escrituras y de la vida de santos y pequeños relatos y narraciones. Su éxito no fué el que Tolstoi esperaba. El libro era demasiado denso. Sin embargo, en su proyecto primitivo, Tolstoi pensó hacer cuatro volúmenes: 1.º Un abecedario y un método para aprender a leer y escribir. 2.º Trozos de lectura: fábulas, descripciones, cuentos, páginas científicas, traducciones de Esopo, Herodoto, de literatura anónima de indios, árabes, alemanes, ingleses... 3.º Reglas de ortografía y gramática. 4.º Bylinas [1].

Viendo el poco éxito práctico de su grueso volumen, Tolstoi lo dividió: de la parte técnica hizo el *Nuevo abecedario*, y de la parte práctica, por así llamarla, los *Cuatro libros de lectura*. De este modo aparecen ambos en 1875. Esta vez el éxito fué rotundo y persistente. En 1910, al morir Tolstoi, de los *Cuatro libros* se llegaba a la trigésima edición, teniendo en cuenta que desde la vigésima tirábanse ediciones de cien mil ejemplares cada una.

El hecho es explicable: por su amenidad, por su ingenua poesía, por su sencillez de expresión, los relatos, fábulas, historias de estos *Cuatro libros* son trozos del alma popular que hacia ella volvían después de haberse iluminado en el espíritu apostólico de un gran pensador, gran artista.

«Ningún pequeño mujik—dice Salomon—, yo creo, habría podido encontrar a Tolstoi en error por la lectura de uno de los relatos de los *Cuatro libros*, relatos verdaderos, verosímiles, fundados sobre la observación, sin nada de arbitrario. Si por ventura, en su primitiva redacción, existían algunas cosas dudosas, el autor se tomaba la precaución de leérselas a los jóvenes de la aldea, a sus propios niños como a los de sus amigos, y tomando buena cuenta de sus observaciones si ellos notaban algún defecto que originara discusiones. Tolstoi, hasta el fin, aplicó este método de control. M. Teneromo [2] anota que en 1908 todavía él tenía por hábito leer en la aldea lo que acababa de escribir y de hacerse repetir el relato que él leyera para corregirlo.»

Tolstoi, pese a su breve estada en la Universidad de Kazan, era un autodidacta. Lo siguió siendo siempre. La característica del autodidacta de genio (Sarmiento, Ameghino) está en su actitud de perpetuo aprendizaje. Tolstoi vivió aprendiendo. Con humildad, recibía las observaciones de los niños y muchas de las páginas de los *Cuatro libros* fueron corregidas según esas observaciones. Por ello se desprende de esas páginas tan penetrante aroma de ingenuidad.

En *Los cuatro libros de lectura* hay noventa y ocho trozos a los que Salomon divide en ocho títulos. En cada uno de los libros se hallan dispersos: historias verdaderas, relatos, relatos históricos, bylinas, páginas de entretenimiento, fábulas, descripciones de la naturaleza y cuentos...

1 Las bylinas son a la literatura poética rusa lo que los romances a la castellana: relatos épicos en verso. Tolstoi, a quien de niño tanto estusiasmaran (ver sus *Recuerdos*), modernizó algunos de los más antiguos, según la nueva prosodia y versificación rusas.

2 Maestro en la escuela de Iasnaïa-Poliana. Escribió libros muy curiosos de recuerdos sobre Tolstoi

Las traducciones o adaptaciones de Esopo, Herodoto, Hebbel, o las debidas a fuentes anónimas ya indias o árabes o americanas, alternan con candorosas paginitas sacadas de la vida real y muchas veces debidas a los mismos alumnos. Ejemplo: *Cómo fuí sorprendido par la tormenta en un bosque* (relato de un niño), *Boh, el perro de los bomberos*, *El pequeño gato*, *Pougatchor* (relato de una vieja parienta de mi abuela), *Por qué amo a mi hermano* (relato de un mujik), *Cómo aprendí a montar a caballo* (relato de mi tío), *La verdad acaba siempre por descubrirse*, *Una caza de oso* (relato de un cazador), *Cómo caminan los árboles...*

Tolstoi, en carta a Alexandrine Andréievna, su prima, dama de la corte de la emperatriz, a cuya influencia él recurría siempre que la necesitaba alguno de sus protegidos, dice, refiriéndose a estos *Cuatro libros*, por él singularmente amados: «Mi ambición es ésta: que durante dos generaciones todos los niños rusos, desde los de la familia imperial hasta los de los mujiks, sean formados por este libro y que de él saquen sus primeras impresiones poéticas y que yo pueda morir tranquilo, habiéndolo escrito».

Tolstoi amó siempre el folklore ruso, las breves, ingenuas, lindas historias y leyendas que León, un viejo ciego, criado de su abuela, la princesa Gortchakov, le narraba cuando niño para que se durmiese. Y, a su vez, cuando él quiso ser comprendido y amado por los niños para poder penetrar en sus almas y enseñarles, recurrió a lindas, ingenuas, breves hitorias arrancadas de la vida cotidiana.

Se cuenta de él esta curiosa anécdota:

Pocos días antes de morir tomó a una nietecita en sus rodillas: «¿Quieres—la dijo—que te cuente cualquier cosa?» Y le narró un cuento. Al terminar, preguntóla: «¿Y qué te parece, he contado bien?»—«Sí—respondió la pequeña—, pero mi nodriza cuenta mejor.»

¡Qué sorpresa ejemplar para el gran narrador que, en cincuenta grandes libros, admirados y admirables, traducidos a todos los idiomas, había asombrado al mundo! ¿Sorpresa? ¡No! Tolstoi sabía bien el valor que como narradores tenían los ancianos, hombres y mujeres, campesinos. De ellos sacó sus mejores páginas, a ellos recurrió buscando críticos, para ellos escribió sus cristalinos *Cuentos populares* y para sus niños, tan inteligentes, compuso esos *Cuatro libros de lectura*, puros, cándidos y hermosos como un ramo de flores silvestres.

He querido iluminar mi comentario con la deliciosa poesía, el maravilloso candor y el perfume de belleza de algunos de estos relatos, aún no vertidos a nuestro idioma. Me parecen obras maestras de literatura infantil.

Mi tía me cuenta [1] cómo aprendió a coser

Yo tenía seis años. Pedí a mi madre que me dejase coser. Mi madre me dijo: «Tú eres aún demasiado pequeña; no harás otra cosa que pincharte los dedos.» Pero yo no quería escuchar nada. Mi madre sacó de su costurero un trozo de paño rojo y me lo dió, enhebró con hilo rojo una aguja y me mostró cómo debía tenerla. Yo comencé a coser, pero no acertaba a dar dos puntadas iguales. La una era un grueso punto, otra caía demasiado al borde y hacía un nudo. Después me pinché un dedo. Yo no quería llorar, pero mamá dijo: «¡Vamos! ¿Qué es lo que haces?...» Esto fué demasiado para mí y me deshice en lágrimas. Viéndolas, mi madre me dijo que me fuese a jugar.

Cuando me acosté, vi por largo tiempo puntos que danzaban delante de mis ojos, y no cesaba yo de preguntarme cómo haría para aprender a coser en seguida. Esto me parecía tan difícil que me decía: «¡Yo no sabré jamás!» Y ahora que soy grande, no puedo recordar cómo hice para aprender. Y cuando doy una lección de costura a mi hijita, siempre quedo sorprendida de ver que ella no llega nunca a tener bien la aguja.

1 Este «relato» lo escribió la condesa de Tolstoi, que colaboró en ésta como en otras obras de su marido. Cabe recordar *Ana Karenine*, la cual copió ocho veces y para la que le facilitó importantes datos de la vida social.

Del modo que un mujik hizo desaparecer una enorme piedra

En mitad de la plaza, en una ciudad, se levantaba una enorme piedra que impedía pasar.

Se llevaron ingenieros y preguntóseles si podrían quitar de allí aquel estorbo, y lo que costaría.

Uno propuso emplear la pólvora y, después de rota la piedra, trasportar los pedazos. Pidió ocho mil rublos. Otro dijo que el importe podría reducirse a seis mil, sólo trasportándola, sin romperla.

Un mujik dijo:

—Si me dan cien rublos hago desaparecer la piedra.

Se le interrogó cómo. Y él contestó:

—Cavo un gran pozo junto a la piedra, la vuelco en él, encima echo tierra y después aliso la superficie.

Se hizo así. Y el mujik recibió doscientos rublos, cien como premio por su ingeniosa idea.

Historia de un niño que hubiese deseado que su padre lo llevara a pasear a la ciudad [1]

Mi padre estaba pronto para partir a la ciudad. Yo le dije: «Papá, llévame contigo». Respondió mi padre: «¡Vaya una idea! Te morirás de frío en la ciudad». Yo me volví, deshecho en lágrimas, y me refugié en la leñera. Lloré largamente y después me dormí. En sueños, ví un sendero que salía de nuestra aldea y llegaba a una capilla y mi padre seguía ese sendero. Yo lo alcancé y los dos nos alejamos hacia la ciudad. Marchábamos siempre juntos. Vi un horno de panadero. Dije: «Papá, ¿ésta es la ciudad?» «Esta es la ciudad—me dijo él—. Hemos llegado a un horno donde se cuecen las medias lunas». Dije a mi padre: «¿Quieres comprarme una?» Y papá me compró una y me la dió.

En ese instante me desperté, me lavé, me calcé, me puse mis guantes y salí. En la calle, los chicos se deslizaban sobre el piso, sobre las barandas, sobre todo. Yo jugué con ellos hasta que me sentí transido de frío. Acababa de entrar para calentarme, cuando escuché la voz de mi padre. El volvía de la ciudad. Yo

1 Este relato pertenece a uno de los pequeños alumnos de Iasnaïa-Poliana. Tolstoi no hizo más que verterlo darle forma literaria.

me sentí alegre, me lance hacía él y le dije: «Papa; ¿es cierto que me has comprado una media luna?» «Sí», dijo él. Y mi padre me tendió una media luna. De júbilo, yo salté sobre el banco y me puse a bailar.

Los tres amigos

Cierto hombre tenía tres amigos, que eran su dinero, su mujer y sus buenas acciones. A punto de morir, el hombre mandó buscar a sus tres amigos para despedirse.

Dijo al primero:

—¡Adiós, mi amigo, me muero!

Este le respondió:

—¡Adiós! Cuando estés muerto, encenderé un cirio por el descanso de tu alma.

El segundo amigo le prometió acompañarlo hasta la tumba.

Cuando llegó el tercero, le dijo:

—¡Me muero! ¡Adiós!

Y le respondió este amigo:

—¡No digas adiós! Yo no me apartaré de ti nunca. Si vives, viviré. Si mueres, te seguiré.

El hombre murió. Su dinero le dió un cirio, su mujer lo siguió llorando hasta la tumba, sus buenas acciones, que lo habían acompañado en vida, lo acompañaron después de la muerte.

Cómo perdí el miedo a los mendigos [1]

Cuando yo era muy pequeño, sentí mucho miedo por los ciegos mendigos. Un día, al llegar a casa, encontré dos sentados en la escalera. No me atrevía a huir corriendo ni a pasar delante. Creía que ellos me querían llevar. De pronto, uno de ellos (tenía los ojos blancos como de leche) se puso de pie, me tomó en sus brazos y me dijo: «Oye, pequeño, ¿nos harás una pequeña caridad?» Yo me desembaracé y corrí junto a mi madre. Ella me dió dinero y pan para que llevara a los mendigos. Los ciegos se regocijaron mucho del pan. Persignáronse y lo comieron. Después, el que tenía los ojos blancos me dijo: «Tu pan es bueno, gracias». Me tomó de nuevo en sus brazos y se puso a tantearme. Yo sentí lástima por él y desde ese día no tuve más miedo a los mendigos ciegos.

Ernesto Morales

La vieja

=De *Revista de Occidente*. Madrid.=

Lidia Seifulina, con Vsevelod Ivanov y Leónidas Lenov, forman la trinidad de la joven literatura rusa. De ella ha publicado la Biblioteca de la **Revista de Occidente**, *la novela* Caminantes.

La vieja estaba en el patio cuando entró el hijo. Había salido a dar de comer al cerdo. Desde la pocilga le vió entrar por la puerta. Le reconoció en seguida. Era de la misma sangre. Pero no fué a su encuentro. Se enderezó, se enjugó las manos en la falda y le miró a la cara. El hijo, con una sola mirada, observó que la madre había envejecido mucho. Su espalda se encorvaba, como si le hubiera crecido una pequeña joroba. El pecho, seco y hundido. Por debajo del tocado, en vez del negro pelo apenas canoso, asomaban cabellos de un gris sucio, sin brillo. Pero la mirada de sus ojos grises era aguda, brillante, como si todavía ardiera allí una pequeña brasa. El hijo sonrió:

—Buenas, madrecita. ¿Por qué me recibes con esta frialdad? Como si fuera un extraño que entrara...

La vieja contrajo sus finos labios descoloridos por la vejez y contestó de mal talante, sin apresurarse:

—Antaño también a los extraños les solíamos acoger con cariño. No les negabamos el pan, hasta que nos dejaron sin un mendrugo. Y qué ¿habrás venido de licencia?

—Pues sí. Quería verte, madre. Pero me parece que no estás dispuesta a dejarme entrar en la cabaña. Me habían dicho que estabas enfadada conmigo; pero creía, que de todos modos, eres mi madre...

—¿Por qué no he de dejarte entrar? La cabaña es del padre, la hizo para sus hijos, para su familia. Y tú eres el hijo de tu padre. Entra. Puede que se te antoje echarme a mí.

Antip se dió un golpe en la cadera y se echó a reír:

—Ya sabía, madre, que me ibas a acoger de este modo. ¡No importa! No me asusto. No en vano nos parecemos. Se puede decir que soy tu retrato. Tengo sed, he venido a pie desde la estación: me arde la garganta. ¿Tienes todavía el samovar?

Ya estaba en la cabaña Antip; paseaba su conmovida mirada por los oscuros sobradillos, por la rinconera, por los sombríos rostros de los viejos iconos, por los bancos y el usado mantel de la mesa. Su cara reflejaba turbación y contento. Era como si un muelle se aflojara en sus adentros.

Su rostro se suavizó.

La vieja, en cambió, se ensombreció aún más, y su mirada tornóse más penetrante. Dijo con rabia:

—El samovar... Sí, lo tengo, todavía no me lo han quitado los camaradas. Pero oye lo que te voy a decir, hijo de mis entrañas. Cuando eras pequeño eras mío; te daba de comer, te rodeaba de mimos. Pero ahora que vas contra tus padres, que por tu culpa tu propio padre murió prematuramente, no voy a alimentarte y cuidar de ti, ¡víbora! La cabaña es tuya, puedes vivir aquí. Pero en cuanto al sustento, arréglate como quieras. Me han despojado. Y lo que tengo para comer, me lo he ganado con mis propias manos. ¡No voy a regalárselo a otro!

Su ira era tan fuerte, que había hecho rejuvenecer su cara. Antip arrojó su gorra de soldado en el banco:

—Está bien. Si a los cuatro años de ausencia me recibes con semejantes palabras, a tu propio hijo, ¿para qué voy a insistir? Anda, dame un vaso de té, te digo que me arde la garganta. Luego dame de comer cualquier cosa; te lo pagaré.

La vieja miró a la cara del hijo curtida por el viento, a sus labios agrietados, oyó su suspiro hondo y cansado. La mirada de ella parecía suavizarse. Contestó pensativa.

—Está bien. Me lo pagarás después. Ahora encenderé el samovar.

Pero mientras encendía el samovar, observaba a hurtadillas al hijo. Y el corazón volvía a arderle de rabia y dolor. No, querido, no, hijito, parido y criado para la desgracia de sus padres, no vencerás a tu madre. Había conservado su fe hasta la vejez. La vida no le había sido fácil y dulce. No en vano tenía la espalda encorvada, las manos rugosas y un vago dolor en todos los huesos. Pero había perseverado en su fe hasta la vejez: el hombre debe ser temeroso y obediente a Dios. Cada uno en su sitio, llevando su yugo. El destino del campesino es ganarse el pan con el sudor de su frente, criar a los hijos que un día se uncirán, sustituyendo a sus padres, para tirar de la misma carga. Y han vivido y han trabajado. No sin pena, no sin dolor, pero Dios no ahoga. No ocupaban el primer lugar, pero tampoco eran los últimos entre los hacendosos más respetados en la aldea. Tuvieron tres varones, a los que criaron en el amor de Dios. ¡Las hijas no cuentan! Se marchan de la casa. Cuidan del bien ajeno. Las habían casado con mozos de otros pueblos. No dan provecho ni perjuicio. Sólo de vez en cuando un consuelo o una preocupación para el corazón de la madre. Todas sus esperanzas estaban en los hijos. Pero Dios no lo quiso. Se llevó a los buenos. A uno le aplastó un carro. Volvía del molino, rodó por la escarpada pendiente. El otro pereció en la guerra zarista. No dejó vastago. Le había tocado una mujer estéril. Tampoco tiene hijos con el segundo marido. La única esperanza que les quedaba era el menor, el último. Era un mozo listo y despejado. Pero, por lo visto, los viejos habían cometido un pecado que Dios no les quería perdonar. Les castigó en el hijo del que esperaban consuelo para la vejez. Cuando echaron al Zar y por todo el país se extendió la bulla, vino con licencia a casa. Al principio todo fué bien. Toda la aldea estaba contenta con él. Sabía leer y escribir, comprendía el provecho que el campesino podía sacar del nuevo régimen. Durante la guerra, la hacienda fué a menos. El jornalero necesita un amo joven que le vigile. Y el viejo padecía de hernia. Pero pensaba que más tarde mejoraría la situación. Y el hijito, el consuelo, ¡vaya!, lo que hizo; les arruinó por completo. Aquella vez que vino con licencia para consolar a sus padres, no se quedó mucho tiempo con ellos. Al año siguiente volvió a casa cambiado por completo. «Ya veis, soy bolchevique. Y vosotros, ¿por qué vais a apoyar a la parte contraria? No tenéis grano almacenado. ¿Para que vais a defender con el pecho los graneros ajenos?»

El padre era dócil. Dicho con franqueza, el cabeza de familia era la madre. En la aldea solían bromear:

—Para obtener algo de Demián, hay que pedírselo a la Demianija. La mujer le lleva de las riendas...

Pero era un hombre juicioso. No le gustaba el desorden y siempre había tenido fe en Dios.

La vieja era aún más fervorosa. Tenía el alma apasionada. Cuando tomó afición a las oraciones se pasaba rezando noches enteras. ¡Cuantas veces se había arrepentido de no haberse metido a monja! Pero de moza, otros eran sus sueños. Y recién casada, compartió con el marido la dulzura del pecado. No se arrepen-

1 Este relato, como algunos otros, es un recuerdo personal de Tolstoi que, de niño, sentía miedo por los mendigos y no los amaba — según ilustra la nota de Salomon.

tía entonces. Pero cuando era vieja cayó en el fervor religioso. Grande era el enfado contra el hijo que quería cambiar la vida establecida por ellos; fuerte era el apego para lo ahorrado, lo adquirido, pero se hubiera conformado con esto. Era para él, para quien habían trabajado y ahorrado. Pasaría el tiempo, acaso se restableciera un régimen razonable y el hijo volvería en sí. En vez de pensar en los asuntos de la comunidad empezaría a cuidar su propia casa y hacienda. Pero tuvieron un violento altercado a causa de la religión, del apego a Dios. El hijo declaró que los bolcheviques, no contentos con haber derribado al Zar, querían hacerlo con Dios. Ofendió a la madre:

—¿Por qué estas chillando? ¡Mucho te ha ayudado tu Dios! ¿Qué provecho sacaste golpeando en el suelo con la frente junto a la cama de Petka? Se ha salvado mi hermano ¿eh? Y luego con una risita:

—Sois los más diligentes de toda la aldea en trabajar y rezar, pero Mokey Stepanych reza poco y tiene la casa con techo de hierro, y no hay desgracias en su familia. ¿Se soborna a fuerza de ofrendas? Por lo visto, como a nuestro antiguo jefe del distrito, le gusta el cohecho.

Se encendió el apasionado corazón de la vieja. Dió una patada en el suelo, con un gesto amenazador señaló el icono y dijo:

—No eres hijo mío. No cometeré el pecado dejando morir en mi casa al hijo blasfemador. Anda. ¡Vete adonde quieras! Mientras vivamos, no te presentes aquí.

El viejo siguió el ejemplo de la mujer, dirigiendo reproches al hijo:

—Trabajamos, esperamos y he aquí lo que recibimos en la vejez. No podemos tolerarlo. Es un pecado que no merece perdón de Dios. En la familia todos veneraban a Dios. No podemos vivir contigo bajo el mismo techo. Cuando yo muera, serás mi heredero. Pero ahora Dios no quiere que te quedes con nosotros. Anda, muchacho, vuelve a la ciudad. Aunque sin hijos, ya sabré con la vieja llegar al final de la vida.

Le habló de esta manera, pero al marcharse el hijo de la casa paterna el viejo se entristeció. Enflaqueció, se dibilitó, realizaba los quehaceres de la hacienda de mal talante. Algunos días se levantaba sombrío, ensimismado. La vieja sabía por qué: había soñado con Antipka. Recibían a menudo noticias del hijo. Desempeñaba un cargo importante en la ciudad. Los campesinos ricos rabiaban contra los padres de Antip por causa de las contribuciones:

—¡Vaya un hijo que habéis engendrado! Un monstruo para toda la comunidad. Si sufrís por él, es natural. Pero nosotros, ¿qué culpa tenemos?

En cambio, la chusma de la aldea había levantado la cabeza y se derretía en elogios que no les hacían maldita gracia:

—Dicen que el camarada Antip vendrá a casa en tiempo de cosecha. Éste no nos ofenderá, no cederá. Se puede decir que es un hombre bueno, fiel.

¿Quien le elogiaba? Los campesinos hacendosos, cuya amistad siempre habían apreciado, se apartaban de ellos. En cambio los inquietos, los alborotadores, los huéspedes de la aldea, les trataban como si fueran parientes.

El viejo suspiraba, tosía. Paseaba sus ojos cansados, turbios, por el patio vacío, sin ganado, donde no quedaba más que un caballo. Ni siquiera hablaba de la cosecha de aquel año. La vieja rezaba con más fervor.

—¡Dios mío! ¡Padre nuestro! ¡Señor misericordioso, perdona el pecado de Antipka! ¡No no nos castigues por la blasfemia de Antipka! ¡Ten piedad de nosotros!

Pero Dios no perdonó el pecado de Antipka. Castigó, no tuvo piedad de ellos.

Fué proclamado el régimen bolchevista. Resultó como quería Antipka. Los nuevos jefes de la aldea le estimaban mucho. Estaban celebrando una fiesta, no una fiesta de Dios, cristiana, sino una nueva, una fiesta de ellos. Gastaron cinco archims de tela roja sólo en una invención sin contar las banderas. La sujetaron a dos palos y la colocaron por encima de la entrada de la antigua alcaldía. Y en esta tela roja un pintor forastero escribió con pintura blanca:

«¡Viva Carlos Marx y el camarada Antip Semajin!»

Es decir, Antipka. Antip había solicitado y obtenido una subvención para el pintor, y por eso puso este el nombre de Antip al lado del más grande de los bolcheviques. Los viejos ni siquiera sabían pronunciar aquel nombre y los chicos de los campesinos ricos empezaron a llamar Carlos a Antipka. La vieja les infundía miedo. Era terrible en su iracundia. A pesar de los años, era capaz de pelear con cualquiera. Pero al viejo no le dejaban en paz. Al verlo le gritaban:

—¡El papaíto de Marx!

El viejo hundía la cabeza entre los hombros. Se apresuraba a meterse en su casa. Para evitar la deshonra casi dejó de salir a la calle. Descuidaba la hacienda. Pero cuando hubo que pagar la última contribución de grano, volvió a animarse:

—Hay que esconder algo. Aunque sea una pequeñez. Si no, estamos arruinados.

Y añadió, calladamente, con medrosa angustia:

—Puede que a Antip mismo le sirva un día el pedazo guardado.

Calló, esperó la respuesta. Pero la vieja no dijo palabra.

Escondióse. La gente le ayudó y la gente le traicionó. Para vengarse de Antip. Al viejo se lo llevaron a la ciudad. Allí, sería de susto, sería de pena, terminó sus días. No volvió a casa. Fué el hijito querido el que había empujado al padre hacia la tumba. Puede que todavía viviera si no fuera por este contratiempo. Y el hijo, ¡hélo aquí, a la mesa, esperando a que le obsequien! Sin pensar, sin acordarse del padre. Ni siquiera preguntó, ni siquiera compadeció a su madre. Hélo aquí sentado debajo de los iconos, sin quitarse la gorra, como un impío. ¿No es por culpa de él por lo que Dios les castiga? Un verdadero desastre. En los últimos días de la vida no tiene más que ira y pena. Se enfureció. Fijó los ardientes ojos en los iconos. El corazón se estremecía al compás de la apasionada plegaria.

—¡Perdona, Señor! ¡Déjame descansar después de la muerte! ¡Déjame entrar a tu reino, no me condenes a padecer en el infierno!.

Lanzó al hijo una mirada de odio. Le sirvió la comida con gesto brusco. Él la miró con ojos pensativos:

—Eres terca, madre. No se te puede sacar de tu manía. Pues también yo soy así. Ni tu rabia, ni tus palabras, me harán cambiar. No podremos vivir juntos, bajo el mismo techo Bueno, me diste de comer, ahora me voy. Ya encontraré otra casa donde vivir. ¿Dices que te pague la comida?

La madre le miró con rabia. Pero respondió con voz tranquila:

—No quiero gastarme el dinero contigo. Has comido huevos, pan, has tomado leche. Ahora haré la cuenta, según los precios de la ciudad.

Secamente y con firmeza dijo el precio. Añadió:

—Pero si decís verdad, ¿qué hago con vuestros papeles? Aunque los reciba, será como si nada cobrara. Hicisteis tales cosas que ni siquiera el dinero vale.

Antip se sonrió:

—Pues te daré mis camisas. Tengo una muda

Auroral

Para don *Roberto Brenes Mesén*

Comienza a despertar mi alma de nuevo,
me brinda nueva luz el Universo,
y hoy busca mi dolor un ritmo nuevo
para tejer el nido de mi verso.

Dolor que todo puedes en la vida,
Dolor que eres mortaja del pasado;
Dolor que siempre sangras nuestra herida,
Dolor que todo das transfigurado!...

Por ti, Dolor, anhelo ser ya bueno;
sencillo como el agua y como el niño,
al rencor y a la envidia ser ajeno
en una aspiración como de armiño.

Hay luz de amor en mi ventana, ahora,
en este amanecer de mi consuelo...
luz de amor y de bien... como una aurora
que trajera un jirón de un nuevo cielo.

J. J. Salas Pérez.

San José, Costa Rica
1929.

en la mochila. Quítale la camisa al hijo de tu carne, ya que hemos llegado a tal extremo.

Sacó tranquilamente la camisa de su mochila La sacudió, la dobló cuidadosamente y la puso en el arcón.

Antip se levantó, tosió y dijo con voz sorda:

—Está bien. Entonces, adiós.

Se dirigió tranquilamente hacia la puerta. Pero se detuvo, miró una vez más a la madre. La cara de ésta era de piedra. Se cruzaron dos pares de ojos muy parecidos unos a otros. Pero la vieja apartó los suyos. Dijo secamente:

—¡Adiós!

El hijo apretó los labios, como si sintiera dolor de muelas. Se hizo aún más parecido a la madre. Más viejo y más severo. Volvió la espalda y se fué.

Durante la noche, ella fué presa de una amarga obsesión Había echado de casa a un hijo suyo. Puede ser que ya no lo viera más. Pero pasó un largo rato ante los iconos golpeando el suelo con la frente y recobró la firmeza:

—¡Los santos han padecido mayores tormentos que el mío!

El hijo no volvió más a la aldea. Pero al marcharse la última vez se había llevado una moza. Sin casarse. Esto dió lugar a habladurías y censuras. Pero la vieja los hizo callar pronto:

—No tengo hijos. Aquel impío no es mi hijo, reniego de él. No me habléis más de él.

Un año después los cosacos tomaron el poder de aquella región. Echaron a los bolcheviques. A la vieja le dijeron esto:

—A Antipka le han matado o se ha escondido en alguna parte. Pero parece que le han matado. Ha corrido el rumor de que lo han cogido. A Duñka Vorochilov, su mujer, la han llevado de una cárcel a otra. Ahora la han soltado, sirve en la ciudad.

Esta vez la vieja no echó a la comadre. Bajó el pañuelo hacia los ojos y preguntó, quedamente:

—¿Tiene un hijo o está sola?

—Dicen que está embarazada. Cuentan que vive en la miseria. Es un castigo merecido.

Pero la vieja cortó la conversación:

—Tengo que ir a casa de María que está de parto. Me han llamado. Iré, trabajaré. En los tiempos que corren, no sólo los extraños, ni los propios hijos, dan el sustento a los padres. Hay que comer, no es tiempo de charlar.

Y fué la primera en salir de la cabaña. Pero desde aquel día parecía como si empezara a flojear. Una semana después se preparó para ir a la ciudad, pero le faltó la salud. A María, que vino a verla, le dijo:

—Me había nacido ya un nietecito en la ciudad. Quería ir a verlo. Pero Dios no lo quiso. Se ve que no perdonó a Antipka. ¡Pues sea según su Santa Voluntad!

Y de pronto sollozó, quejumbrosa, como una niña. María se asombró. La vieja era fuerte. Nunca había llorado más que en ocasiones prescritas por la conveniencia social. Y ahora estaba sollozando. En víspera de la muerte. Dos días después murió.

Lidia Seifulina

El poeta José Martí

2-Viene de la entrega anterior

El pecado de obscuridad que se imputa a la poesía de hoy—a la obra poética que vive la inquietud de ahora—tiene la raíz en la existencia de ese elemento inexpresable que nutre toda poesía genuina. Si vemos en la obra lírica el eco más o menos lejano de los momentos que se producen fatalmente en el poeta, no podemos hablar de poesía obscura ni de poesía clara. ¿Incoherencias? ¡Con qué admirable penetración de gran poeta ha dicho Paul Valery que no podemos nunca ser incoherentes en nosotros mismos! La incoherencia está en quien recibe el mensaje con las carrileras de vía estrecha dispuestas para que corra según su trazado primario e inflexiblemente lógico.

El verdadero poeta, aquel a quien no cabrán nunca los calificativos de *correcto* y *excelente*, desde Fray Luis hasta Parra del Riego, está condenado, por el hecho de serlo, a eterna incomprensión. Cuando las pupilas buídas de varios catadores egregios hayan denunciado a través de los años—o de los siglos—el tesoro oculto, los Profesores de Literatura «aprenderán» por qué fué grande una voz lírica y recitarán enternecidos—como hacen hoy con la *Oda a Francisco Salinas*—la estrofa ya clásica.

Quien crea que ha penetrado hasta el último recodo en los caminos de un poeta—de un gran poeta—es un iluso. Si el lector pudiera vivir el *estado de gracia* del poeta, recrearía sin dificultad—porque la técnica es cosa vil—la obra del poeta.

Para que esta incomprensión fundamental, tan vieja como el mundo, desaparezca serían necesarios dos milagros: que se diera al poeta un nuevo instrumento, que, más leal y dúctil que la palabra, trajese a la superficie en todos sus matices su estado de gracia y que el lector poseyese un diapasón delicadísimo hecho del mismo metal que da el son lírico, con que sintonizar el mensaje recibido. ¿Cómo, si estos medios no pueden existir, ha de ser la comunicación del poeta con el mundo otra cosa que un duelo con los ojos vendados?

La imposibilidad de expresión total del mensaje poético ha hecho nacer toda la complicada y artificiosa técnica del verso. El fenómeno es interesante. Como la compenetración fué imposible, el mensaje y el instrumento tomaron caminos divergentes. El camino del mensaje fué a cada momento más recóndito. Todos transitaron a sus anchas por el sendero democrático del instrumento poético. Y, a espaldas de lo genuino y con olvido de lo esencial, se desarrolló toda esa máquina imponente de consonantes, metros, rima y estrofa, delicia y refugio de preceptistas y declamadores. Como la luz no les llegaba se dieron a la cuidadosa polarización del reflejo. Y como sólo lo externo y formal afectó al mayor número y a los Profesores de Literatura, se organizó una farragosa disciplina *para enseñar poesía*, como si en lo que está en el poeta sin saberlo él mismo cupiesen magisterios.

La situación de lo poético en un estado interno nunca perfectamente transmisible *ad extra* plantea dos problemas de trascendencia innegable: la poesía de fáciles resonancias populares—el Teatro—¿no es poesía? ¿carece de eficacia el verso que se dirige a fines colectivos? El Teatro casi nunca ha sido alta poesía, es decir *mensaje insólito*. Cuando ha comenzado a serlo, el *espectáculo*. el Teatro, ha pasado a plano secundario. Aquí sí—porque no hay verdadero contenido poético—tiene coyuntura adecuada la disección bipartita de José Vasconcelos. Quítese a un drama de Lope los consonantes—que se esperan como las campanadas espaciadas de las doce,—los finales rotundos y quedará una obra sin duda bella, ingeniosa en muchos momentos, profunda alguna vez, poética nunca. El autor ha dejado correr libre y superficialmente su talento—o su habilidad—consciente de una fácil y segura sintonización

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos ₡ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los ₡ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscrición y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Vienen	₡ 755.50
R.	5.00
Logia Virya	25.00
X. X.	3.00
Alumnos del Colegio de San Luis	30.00
Carlos Vicuña	20.00
	₡ 838.50

Mar del Plata, República Argentina, 25 de marzo de 1929.

Señor Don Joaquín García Monge,
Repertorio Americano Apartado X.
San José de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

Permítame asociarme con mi óbolo, así como me he asociado con el espíritu, a la bella obra suya de vincular el *Repertorio* a la compra de la casa destinada a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Siento que el destierro me tenga tan reducido y sólo pueda mandarle los cinco dólares de la letra adjunta; pero Vd. sabe mirar el corazón fraternal y el espíritu sincero.

Su afmo.,

Carlos Vicuña.

---

con *su* público. Cuando la obra lírica ha de rebajarse frente a elementos extraños a ella misma, ya no es el poeta quien habla. (Y no olvidemos que el poeta es lo único que importa en la poesía.) Voces perturbadoras se mezclan a la suya y lo producido es un coro en que todos reconocemos—y aplaudimos—nuestra colaboración. Los Profesores de Literatura, que rara vez ven algo más que sombras, han distinguido de antiguo la oportunidad en que el poeta se expresa sin compañías adulteradoras y nos hablan de *poesía lírica.* Sólo que después no nos han dicho nada. Porque decirnos que en la lírica expresa el poeta sus estados interiores «sus sentimientos», usando la fórmula corriente y laxa, es no aclarar cuestión alguna. Eso, con echarse a la cara la octava real o el soneto con estrambote, lo sabía ya el lector menos avisado. Hubiese importado mucho que los Profesores de Literatura se hubiesen dado a investigar dónde la poesía lírica es el eco (para ellos siempre lejano) de una voz *distinta* a las demás voces y que por el hecho de serlo y no por ejercicio retórico ni por deseo de aplauso, dice en verso *aquello que no se puede decir en prosa.* Si esta hubiese sido la labor de los Profesores de Literatura nos hubiésemos ahorrado todos el aprendizaje perjudicial de versos descriptivos, galantes y pseudoépicos, que nada son sin el renglón corto y a pesar del renglón corto. Con este bagaje pesadísimo, con el pecado original de situar lo poético en elementos deleznables, se explica clarísimamente la cruzada de casi toda nuestra clase lectora contra las nuevas formas. A nosotros nos extraña mucho su escasa virulencia. Sólo nuestra tradicional indiferencia da la clave de que las cosas no hayan llegado a parecido estado del que planteó la arremetida romántica en Europa hace un siglo.

Si la masa lectora se ha nutrido de versos que expresan lo cotidiano, *lo que puede decirse en prosa*, si ha crecido en el regodeo del consonante y en holgorio del final explosivo—imán de palmada—¿por qué no ha de repudiar lo que viene a echar abajo su cómoda burguesía lírica? ¿Cuándo alguien ha renunciado a cómodas instalaciones ante empujes revolucionarios? El verso que ha alimentado—envenenado—hasta hoy a nuestras juventudes está hecho de elementos impuros, extra-poéticos. Cada imagen, en ese verso, puede expresarse por la pintura, por la escultura, por la arquitectura. Y como cada cosa engendra a su semejante y la falta de mensaje puede ser común a todas las artes, ese verso dió origen a una plástica igualmente fácil y condenable. Las *anchas torres seculares* del señor Núñez de Arce piden a gritos los pinceles fotógrafos del señor Muñoz Degrein; los siboneyes parleros del señor Fornaris claman desde sus tumbas por los lápices obedientes de cualquiera de los Landaluces de hoy. De este arte casero, hecho con la manga ancha de lo que ha de contentar a todos los paladares, a la poesía de hoy que ha postulado con Paul Dermée «que ninguna imagen realizable por la plástica es lícita» hay un abismo que en vano queremos cubrir con buenas voluntades y criollos paños calientes.

La obra lírica que se dirige a la consecución de una mejor vida colectiva puede tener—lo tuvo en Martí—auténtico mensaje y virtud adivinatoria; pero en ella el *elán* lírico, como arranca del dolor de todos y va a un anhelo que todos acarician, se funde, más que en ninguna otra obra lírica, con su forma de expresión, y su eficacia estará siempre, más que en la visión original, impenetrable en

Juan Marinello

(Concluirá en la entrega próxima).



esencia, del poeta, en el poder sintético que dé a la masa la conciencia de sus necesidades y la claridad de sus destinos. Casi toda la poesía de este carácter puede volverse, redactada en prosa, un bello discurso. Lo que no rebaja su calidad. Hay más contenido poético en muchos de los discursos de Martí que en algunos de sus poemas.

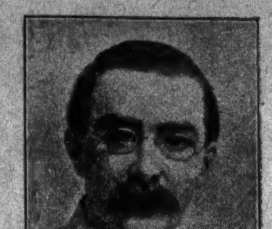
Martí fué un poeta obscuro en el sentido trivial. Aun hoy muchos de sus compatriotas lo reputan extraordinario orador, escritor político admirable y mediano poeta. La afirmación—fundada en tacha de obscuridad—es inexplicable. Sus poderosas oraciones, por rara coincidencia aquellas más llamadas a más amplia resonancia, están cuajadas del mismo conceptismo, de la misma floración apretada y difícil que sus versos. El don lírico vibra en todos los sectores de su obra. Con él, su incomunicable manera de ver. «Veía tanto — dice Diego Vicente Tejera—que al querer expresar lo que veía, el idioma le faltaba, el espacio también y tenía que apelar a concreciones supremas, que parecían naturalmente confusas al auditorio ignorante del proceso que las había formado. Se le encendían mundos tan vastos en el cerebro que para exteriorizarlos... tenía que ceñirse a simples apuntaciones luminosas, al parecer incoherentes».

¿Cómo pudieron, el párrafo preñado de ráfagas encontradas y el poema atravesado de inesperados desfiladeros, llegar a las multitudes del Cayo, desinteresadas, laboriosas, ejemplares, pero incultas? La explicación del fenómeno no parece difícil. Si la comunicación con el espíritu del poeta no puede nunca ser plena ni establecerse por caminos lógicos, no debe olvidarse que existe en muchas almas cierta capacidad receptiva ajena al cultivo de esas almas. Ocurre a veces—y esto, como casi todo dato de gran fuerza sintomática, puede mover a risa—que leído rápidamente un poema de hoy cargado de difíciles sugestiones, donde el autor ha mostrado sólo puntos de referencia, jalones de su trayectoria espiritual, decimos: «No lo entendemos todavía, pero *esto* es bueno». Esta intuición casi siempre certera en el hombre de trabajada y refinada sensibilidad, se produce, en otros planos y grados, entre la masa. El tabaquero que escuchaba arrobado o estremecido el discurso o el poema de Martí no penetraba en el subsuelo nutricio de aquella selva gigante, pero *sentía* que aquel hombre raro e iluminado por lumbres desconocidas era el único, que viendo cosas que nadie veía, daba todo lo que veía.

Rudyard Kipling, enfermo

=De *Cromos*, Bogotá=

A Sanin Cano



Kipling

Coincidiendo con la gravedad de su soberano Jorge V., el autor de *Our Lady of the Snows* ha caído a cama, según lo anuncia un despacho de Londres.

La recia contextura del gran poeta indoinglés ha cedido por fin al empuje de un morbo del Norte, acaso de algún frío invernal que doblegó las ramazones corpulentas de la palmera indostánica.

Nació Kipling en Bombay, en el año de 1865, hace apenas sesenta y cuatro años. Su padre fué uno de esos funcionarios europeos que en las costas de la India afianzan el predomidio inglés manteniéndose con los nativos a tiro de fusil. Esto quizá despertó desde muy niño en el futuro grande escritor la idea de la grandeza de Inglaterra, que ha exaltado siempre en sus poemas con olor de selva y de combate.

Mandado a estudiar a la metrópoli, se le pagó educación de joven noble en una institución de carácter militar, que dió los primeros temples a su alma de acero. Pero su padre era artista, dibujante de talento y director del museo de Lahore. Y no era posible que el muchacho abrazara la carrera de las armas. Sería periodista.

Frederic Loliée, en su *Literaturas comparadas*, llama a Kipling periodista sublimado. En efecto, al regresar el joven estudiante a Lahore entró a formar entre los redactores de *Civil and Military Gazette* de Bombay, en cuyas páginas de aridez oficinesca pudieron mostrarse los primeros brotes de su genio literario. De estas columnas semi-oficiales salieron luego los primeros libros de Kipling: *Departamental Ditties*, colección de versos y *Plain Tales from the Hills*, cuentos tropicales de maravilloso presagio artístico.

A la intuición poética unió Kipling en su obra primigenia una prodigiosa claridad narrativa. De ahí que acaso en estos países de herencia latina sus libros de cuentos y novelas sean más conocidos que su obra maciza en verso. La deslumbrante belleza de sus imágenes tenía mayor asidero en la rima estruendosa que en el período inelástico. Todo el enjambre confuso de ideas dominadoras que en la esfera puramente política propagaban Salisbury y Chamberlain, con relieve de profecía anunciadora de una misión divina asignada al pueblo inglés, vibraron al ser encerradas en el prodigio de la nueva rima de Kipling, clara como una mañana del trópico, musical como un canto de pájaros montaraces, detonante como una descarga de fusilería a campo raso, dice uno de los apologistas más recientes.

Empezó entonces el joven escritor a ser algo así como el representativo, en el arte, de los formidables apetitos de su pueblo que ya comenzaban a esbozarse en el parlamento inglés. Transformado en poeta el prosista, fué más oído por la musicalidad masculina de sus acentos, en que parecía rugir la voz de aquel Mowgli, héroe de uno de sus libros educado por las fieras indostánicas. Los lectores de versos sintieron un estremecimiento nuevo, un espasmo de patria y de virilidad que hacía despertar los músculos. Y Kipling fué entonces el poeta ideal que concebía Emerson en su célebre frase: «La boca por donde habla un pueblo cuando quiere rugir».

Durante una correría que hizo por América y por Oriente, se acrisoló en las letras inglesas su nombre ya célebre. Visitó la China, el Japón y toda la Polinesia, produciendo sobre esas regiones sus cuentos olorosos a sangre y a selva, que eran rapados de los escaparates en las librerías de la City. Y ante ese sol que se ponía en la literatura de truculencia tropical y que se llamó Robert L. Stevenson, surgió formidable y hercúleo, cantando las glorias del pendón inglés en todos los tonos épicos del espíritu, el hijo del funcionario bombayés.

Sus últimos libros *Los Siete Mares* y *The Five Nations*, este último epilogado por el famoso *Recessional*, en que se grita como un reto el poderío mundial de la Isla de hierro con motivo del jubileo de la reina madre de Jorge V, tuvieron la resonancia de un alud y han alcanzado un record en sus ediciones.

El año en que sin la consulta de la Gran Bretaña, reina de los mares y de «las Nieves», cañonearon los buques alemanes los puertos indefensos de Venezuela, la musa gallarda de Kipling encontró en las estrofas del poeta de *The Rowers* la fórmula precisa para herir al pueblo teutónico en su vanidad de cultura.

Pero quizá por encima la esta obra general de Kipling pueda señalarse—aparte de sus cuentos de suculenta apreciación tropical, sus poemas de nostalgia guerrera como *Mandalay* y sus demás obras de fuerte inspiración imperialista, entre las que flota como un significado símbolo la bandera del Reino Unido,—su famosa poesía *The Vampire* (El Vampiro), que a su modernismo acentuado vincula el sentimiento de amorosa discreción varonil

Este es a grandes rasgos el escritor que según el cable anuncia, se haya enfermo, coincidiendo su novedad con la del soberano del imperio británico. Una vida intensa de pensamiento y de acción, de viajes y triunfos talentosos, amenazada ahora por la niveladora implacable. Quieran los dioses propicios conservar esta existencia preciosa y apreciada en lo que vale por el pueblo que desde Tennyson carecía de esos promulgadores de luz armoniosa que van diciendo por el mundo las glorias y esperanzas de una raza vencedora y capaz.

Damos en otro lugar, traducida expremente para *Cromos*, una versión de *The Vampire*, que acusa a las claras esa modalidad transparente y magnífica con que ha sabido caracterizarse el gran escritor inglés en el movimiento contemporáneo de la cultura.

Jorge Mateus

El vampiro

Un tonto hubo que sus plegarias hacía
(Acaso como usted y yo)
A un guiñapo, unos huesos y una madeja de pelo.
(Nosotros la llamábamos la hembra sin cuidados)
Pero el tonto la proclamaba su hermosa dama
(Acaso como usted y yo).

¡Oh los años y las lágrimas dilapidadas
Y la brega de nuestra cabeza y nuestras manos!
Integros pertenecieron a la hembra que nada sabía
(Y ahora comprendemos que ella nunca
ni nada comprendía!)

Un tonto hubo que lo mejor de su sér gastó
(Acaso como usted y yo).
Honor y fe, sus más seguros designios...
(Y no fue esto lo único que necesitó su dama),
Pero un tonto tiene que seguir su natural pendiente
(Acaso como usted y yo).

¡Oh la labor perdida y el perdido botín
Y las quimeras excelentes que planeamos!
Por entero los dimos a la que no sabía por qué
Y ahora comprendemos que ella nunca pudo saber
(Ni podría sospecharlo).

Aquel tonto desgarró en tiras su tonto pellejo
(Acaso como usted y yo)
Y ella pudo verlo cuando lo arrojó de sí
Pero a ella tampoco le importaban estas cosas,
Ni saber que lo mejor de él había muerto...
(Acaso como usted y yo).

Pero no es la vergüenza ni es la burla ajena
Lo que nos muerde como un hierro al rojo blanco,
Es el confirmarnos en que ella nunca supo nuestro porqué
Ni comprendió de lejos nuestra alma...
(Y ver ya tarde que nunca pudo saberlo!)

Rudyard Kipling

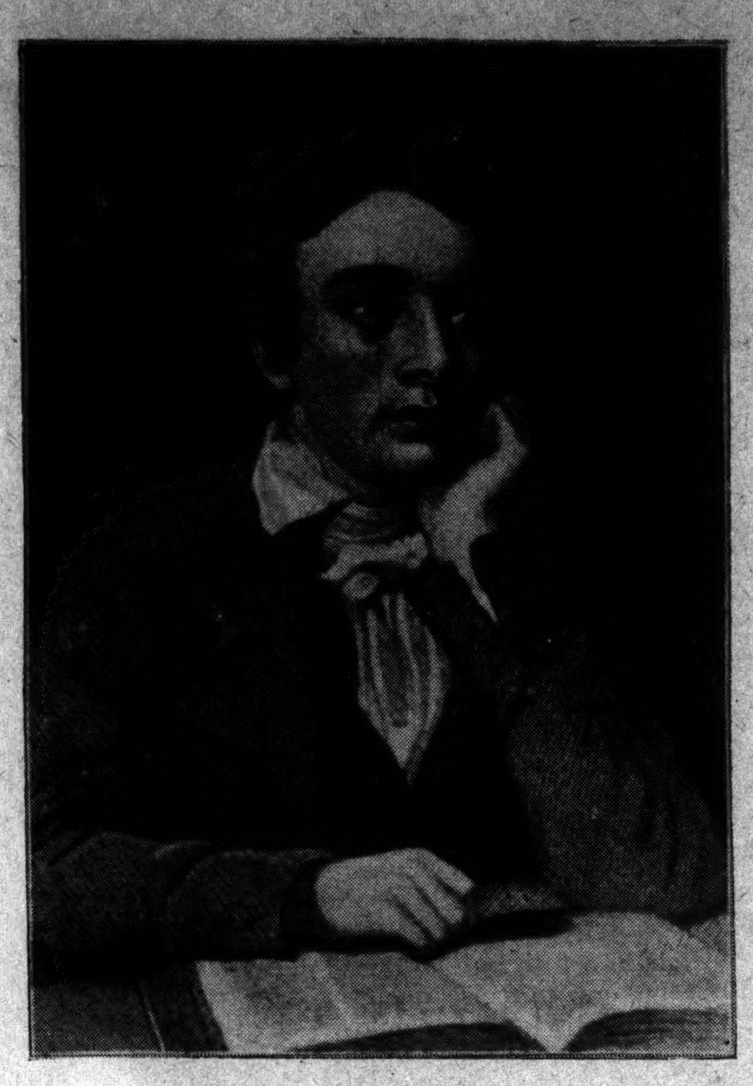
En elogio de John Keats

En los comienzos del siglo XIX aparecen en Inglaterra tres poetas extraordinarios, predestinados a morir prematuramente y en tierra extraña. Byron, arcángel rebelde, de indómitas pasiones, se desprende del cielo brumoso de Britania y va a terminar su agitada existencia en la cuna de los dioses homéricos. Su cauda de cometa deja una estela de resplandores luciferinos. El otro es también un absoluto inconforme, un rebelde que pretendió emanciparse de la nébula religiosa de su patria. Es Schelley, soñador y rovolucionario, enfermo del incurable *mal del siglo* que a tantos ingenios de su tiempo convirtió en melancólicos dolientes, o en revolucionarios empedernidos. Finalmente, a modo de un pequeño dios, John Keats, hermoso y desventurado, como sus dos hermanos, en belleza, desaparece en plena juventud, herido en el pecho por la honda del Destino.

La poesía no ha contado desde que el mundo tiene conciencia histórica una figura de más irradiante simpatía que la del infortunado autor de *Hyperion*, porque en ningún intérprete de las cosas bellas se juntaron como en Keats las cualidades divinas a los desastres de la fortuna. Puso en la persecución de un momento de felicidad las puras virtudes y los más nobles sentimientos, y la vida, con implacable crueldad le cerró siempre los caminos de una pasajera dicha, como si el poeta se hallase en la tierra cumpliendo una condena por pecados cometidos en otra vida anterior, entre las ninfas y los faunos, o en la comunión de los dioses helénicos, cuyos resplandores parecía conservar en su olímpica cabeza. Su rostro poseía rasgos angélicos, y en sus cabellos ondulados a la manera de los de los antiguos griegos, la luz se complacía. Pero aquella cabeza de proporciones admirables, de Hermes transfigurado en Apolo, (sus amigos le llamaban el *pequeño dios*), reposaba sobre un cuerpo de minúscula estatura. Apenas medía su talla cinco pies ingleses. Uno de sus entusiastas biógrafos, Middleton Murray sostiene que si John Keats hubiese tenido seis pulgadas más de estatura la historia de la literatura inglesa en el siglo XIX no habría sido la misma.

En realidad, si en vez de un cuerpo condenado a sufrir los embates de una enfermedad hereditaria en su familia, Keats hubiese poseído la salud y la fortaleza de Goethe, por ejemplo, el genial autor de la *Oda a una urna griega*, habríase impuesto al medio adverso, dominando la incomprensión de sus compatriotas. Middleton Murray ha querido, ¡quizá, insinuar que si Keats hubiera vivido cincuenta años, fuerte y sano, la literatura inglesa habría tenido un poeta digno de reposar en el seno de la inmortalidad al lado del autor de Hamlet.

Raras veces, como al tratarse de Keats, podrá decirse que Inglaterra suele producir almas superiores a ella. El poeta adorable, que vino a ensanchar los dominios del sentimiento, el más delicado de los modernos paganos, fué combatido sin compasión ni tregua por el misoneísmo y por las tradicionales pasiones de la vieja Inglaterra. Los vetustos prejuicios ingleses contra lo que se aparte de las normas consignadas y aquel medio adverso



John Keats

a la libertad exigida por el genio literario, sacrificarou a Keats.

En vano unos cuantos espíritus generosos (que los amigos de la belleza ideal recuerdan al cabo de un siglo de muerto el poeta) acudieron en defensa del pequeño Keats, perseguido con furia insana por los dispensadores de títulos de virtud y de genio en la Inglaterra de principios del XIX. En vano unas cuantas almas femeninas, subyugadas más por la belleza de los sentimientos de Keats que por su estilo poético, procuraron suavizar su martirio. En vano... porque el cisne estaba condenado a morir perseguido por la estulticia humana, por la envidia y la incomprensión de los más.

John Keats vino al mundo con los auspicios de una aciaga estrella, aunque en su frente llevase el signo de los predestinados a prolongar los dominios de la eterna belleza. Su padre, Tom Keats, fué palafrenero en un modesto establo que ostentaba un nombre poético, *El Cisne*. Su madre era una mujer bonita, —Francis Jennings,—de espíritu alegre, amiga de divertirse en bailes y fiestas hasta llegar a la imprudencia. Después de un día de divertimiento, en que había cometido imprudencias, dió a luz, el 31 de octubre de 1795, un niño de siete meses, admirablemente constituído.

Así vino al mundo John, *Juanete*, como le llamaban los críticos mediocres de las revistas conservadoras; nació en un establo el que había de hacer inolvidable el lugar de su cuna y sitios de peregrinación de sus fieles desde el árbol por él amado hasta la tierra sagrada que recibió sus despojos bajo el claro cielo de Roma.

Es Keats, por excelencia, el poeta adorable, porque unió al don soberano de una inspiración celestial y olímpica, los sentimientos que en mayor grado honran a una criatura humana. Es el poeta adorable, porque nadie como él ha estado en contacto más puro con el ruiseñor y la rosa, con el árbol florecido y con el cielo. Apolo y Minerva se asilaron en su cerebro, como deseosos de participar del ritmo de su pensamiento. La naturaleza abrió a Keats su corazón magnánimo; los árboles, las flores y las fuentes lo amaron como a Narciso y si no pudieron darle la dicha, sería porque el Destino se halla por cima de los dioses inmortales.

Ningún poeta ha tenido por una mumujer el culto amoroso que Keats rindió a su Fanny. Sus cartas a la amada son himnos de realidad y de ensueño. Petrarca es un retórico; Dante un filósofo que transforma en ente divino a su Beatriz. Keats es profundamente humano y profundamente puro en su amor. Su pasión nos conmueve hasta arrancarnos lágrimas silenciosas y ardientes. ¡Oh poeta adorable, el más adorable de los poetas! ¡Tu nombre no quedó escrito sobre la onda fugitiva, como pensaste en el postrer instante de tu vida, sino en la roca viva del corazón del mundo!

El amor sublime que demostró Keats por su madre y por sus hermanos, consagra al poeta como el perfecto corazón, modelo de corazones. Si no se le admirase por su genio poético había que amarlo, a lo menos, por su falta de egoísmo y por su inmensa ternura fraternal. «Adoraba a su madre, dice uno de sus biógrafos, Alberto Erlande. Se refiere que hallándose enferma su madre, sometida a guardar completo reposo, el pequeño John hacía la centinela en la puerta de su alcoba, armado de un viejo sable, para impedir a los demás que penetrasen hasta el lecho de la enferma. Los niños, en general, son capaces de una proeza semejante. Pero la sola idea de armarse de un viejo sable indicaba en John una particular sensibilidad».

En la escuela demostró genio combativo Sentía placer en demostrar vigor delante de sus condiscípulos. En esto fué perfecto inglés. Se batía lealmente, con bravura, para revelar que su alma era más grande que su cuerpo.

Los biógrafos de este prodigioso muchacho, de este Endimión que se apagó como pudiera extinguirse una estrella apenas aparecida en el cielo, siguen con amoroso cuidado los detalles de su breve vida, persiguiéndolos al través de su correspondencia y de los relatos de sus amigos.

Keats es, quizá, el poeta que recibe en el mundo homenajes de más sincero afecto. Cuando uno llega al sitio por él elegido para que depositasen su cuerpo exangüe, devorado por la tisis; cuando uno se acerca a la pirámide de Cayo Cestio, en la Roma imperial, siéntese el deseo de besar esa tierra sagrada en donde descansó de inmerecidos dolores el poeta. Quisiera el oscuro visitante pedir perdón al «pequeño Keats», en nombre de la humanidad, por todos los sufrimientos que padeció a causa de los hombres.

Lo triste es que los detestables enemigos del poeta, entre ellos el obtuso tutor, que rara

(Pasa a la página 250)

Carlos Loveira. Su vida, su obra

= Tomado de *Social*, La Habana. Cuadernos 2 y 3 del tomo XIV =

1.—Hay en la provincia de Santa Clara un pueblo humilde y escondido,—«un pueblecito», que diría el genio de lo minúsculo de *Azorín*, denominado El Santo.

En este pueblo, especie de barrio rural de Encrucijada, a donde no debían llegar en el siglo pasado más que los reflejos ácidos de la colonia, de padre gallego y madre cubana, nació Carlos Loveira.

Era el año 1882. La tregua de Zanjón había impuesto su máscara pacífica a la Isla, pero los campos sufrían aun los rigores de las últimas campañas insurrectas, y con los campos, los pequeños poblados como El Santo vivían una vida al margen de toda civilización.

Un velo de fatalidad cayó sobre los primeros años del autor de *Juan Criollo*. Con frecuencia contemplamos en sus novelas el paso de una infancia amarga y desamparada. Estas páginas no son más que recuerdos amenizados por la ficción; trozos de vida, hábilmente combinados en ese tablero de ajedrez que es la moderna narración. Tres años de edad tenía Loveira cuando murió su padre, y nueve cuando una vecina piadosa cerró por última vez los ojos de su madre. «Se presume que desde muy chico tuve que trabajar», dice él en su autobiografía. Es fácil deducir que los trabajos de estos primeros tiempos—áspero aprendizaje de la vida— no fueron ni muy holgados ni muy bien retribuidos. Un ferrocarril llegaba todos los días a El Santo. A él se aferró Loveira, y en él realizó sus primeros paseos de niño pobre, como retranquero en la etapa inicial, como fogonero más tarde. Mientras el vértigo del tren hacía desfilar con rapidez los paisajes de la zona—pequeños ríos, altas montañas, cañaverales, palmeras,—la imaginación del mozo, en los momentos de ocio, volaba rápida, yuxtaponiendo a la monotonía del camino, las confusas imágenes que los libros habían dejado en su mente. ¿Qué habría tras aquellas lomas? ¿Y más allá de las tierras? ¿Y del otro lado del ancho mar? En estas jornadas se fué incubando el aventurero. Un día el ferrocarril lo condujo, ya en calidad de viajero, hacia el más cercano puerto. En el puerto había un barco, y en él, sabe Dios merced a qué combinación al uso en aquel entonces, pasó Loveira a Centro América. Quiso la suerte que se aclarase un tanto en esta etapa la vida del novelista. Y durante algunos años los ferrocarriles de Costa Rica y la zona de Panamá llevaron al frente al maquista Loveira.

Cinco años más tarde,—en 1908,—volvió Loveira a nuestra Isla y al ferrocarril de Cuba. Pero el joven imberbe que un día de aventura huyera de la Gran Antilla, se había transformado en todo un veterano de los rieles. No es extraño, pues, que su ascenso siguiera esta vez una línea recta, ágil y ascendente. Dejémosle hablar: «Habiendo yo entrado al servicio de esta empresa—nos dice en su obra *De los 26 a los 35*—, como retranquero, con el haber mensual de cuarenta y cinco dólares, en el mes de diciembre pude ir mejorando, gradual, pero rápidamente, de situación, hasta llegar a obtener, en julio del siguiente año,—en el corto espacio de siete meses—un empleo superior, en el que, además de las comidas en mesa de primera, y de otras distinciones jerárquicas, recibía un sueldo de ciento cincuenta dólares mensuales.»

La vida del humilde huérfano de El Santo estaba encaminada. Su amor al trabajo y su experiencia en asuntos ferroviarios lo hubieran conducido rápidamente a la conquista de las más altas y cómodas posiciones. Pero Loveira—ya nos lo dice en la nota autobiográfica que publicamos con este trabajo—era un lector omnívoro. El microbio del mejoramiento social había penetrado en su mente. Y la condición en que por aquella época se desenvolvía el problema social en Cuba no podía permitirle a él, espíritu de combate, permanecer ocioso. En los ratos libres que su posición le dejaba, empezó a trabajar por la unión de los ferroviarios cubanos. Comenzó, como dice él, a tantear la opinión de sus amigos. Y séase porque ésta, en el terreno de la teoría era tan favorable que le hiciera concebir halagüeñas esperanzas, o séase porque su ímpetu de organizador lo llevase demasiado lejos, el caso es que a la teoría sucedió la acción, y ésta le granjeó la enemistad de sus jefes, y a poco una cesantía telegráfica y soez.

En la *Liga Cubana de Empleados de Ferrocarriles*, que Loveira organizó por estos años, hizo el novelista sus primeras armas a favor de la causa obrera. La lucha de esta novel organización con la empresa fué ruda y breve. Después del fracaso de la colectividad en Camagüey, surgió la conocida «huelga revolucionaria de Sagua», que demostró cuán recio era aún el yugo del capitalismo sobre las masas trabajadoras. Ambas etapas contaron al autor de *Los ciegos* como su más decidido paladín. La jornada de Camagüey le costó el puesto de los ferrocarriles de Cuba. La de Sagua le dejó en el más completo desamparo.

Hambres y desilusiones, ingratitudes y todo género de sinsabores: he ahí el signo de los días siguientes. Días de errante, de parásito. Días de derrota, de áspera experiencia. Pero Loveira no era de la clase de hombres que se amilanan.

Un político le propuso la dirección de un periódico en Sagua. El pago sería una sinecura, una de las mil y una *botellas*, abundantes en aquella época pre-electoral. Loveira—él mismo lo confiesa—aceptó. ¿Cómo no hacerlo, si sus mismos compañeros lo habían desamparado en la desgracia? Pero en el diario de Sagua enderezó sus armas contra el medio ambiente hostil, y el catolicismo lo tuvo entre sus más firmes enemigos.

La lucha contra la sociedad, contra lo establecido, es dura e ingrata. Los *intereses creados* se defienden. Loveira sufrió una nueva derrota. Después de mil incidencias, partió una vez más de la Isla, hacia Méjico, donde tomó parte en los comienzos de ese formidable movimiento revolucionario que culminó en el mejoramiento de las clases trabajadores de la República vecina.



Nací en El Santo, Provincia de Santa Clara, en 1882.
Padre: gallego pobre.
Madre: cubana idem.

Quedé huérfano de padre a los tres años; de madre, a los nueve. En esos seis años que mi madre supervivió a mi padre, pasó ella por la consabida pobreza, teniendo que recurrir a los más duros trabajos, por lo que sólo pudo mandarme medio año a uno de aquellos risibles colegios municipales de la época colonial.

Ese fué todo el colegio de mi vida.

Se presume que, desde muy chico, tuve que trabajar. Lo hice casi siempre en ferrocarriles, progresando a medida que fuí aprendiendo, desde retranquero, fogonero, maquinista, conductor de viajeros, hasta jefe de alguna importancia.

¿Cómo he adquirido alguna cultura para hacerme un pasable aficionado en el campo de las letras? Porque he sido un lector omnívoro e incansable; pero con predilección por las divulgaciones científicas, la filosofía y la literatura. Porque llevado de un espíritu aventurero he viajado mucho, y porque una indesviable vocación me llevó a periodiquear y a ensayar literatura en publicaciones de menor cuantía, desde joven.

Obra: **Los inmoralas; Generales y Doctores,** *y ya casi terminada otra novela:* **Los ciegos del siglo.** *También preparo una recopilación de mis cuentos, que por tener mucho de autobiográficos, titularé* **Horas de vida.** *Mi periodiqueo en el extranjero, ha sido en Méjico y la Argentina. En La Habana, he publicado mis trabajos literarios en* Social, El Fígaro *y* Cuba Contemporánea.

Nota complementaria: Es inmodestia, pero es verdad: **Los inmorales** *ha sido la obra literaria cubana de los últimos veinte años que más ha interesado a la crítica extranjera.*

Otra: lamento la falta de ambiente propicio en Cuba. No hay peñas o cenáculos literarios; el mercado librero es limitado, y ni el Estado, ni las academias, ni los municipios, ni entidades particulares de ninguna especie se preocupan de dar el único estímulo aquí posible: premios honoríficos y en metálico; por ejemplo: a la mejor novela, la mejor poesía, la mejor obra de texto, etc., que publicárase cada año.

C. Loveira

De Méjico pasó a los Estados Unidos. Formó en las filas de la gran Federación Norteamericana del Trabajo. Laboró sin tregua por la difusión de la organización americana en los países hispanoamericanos. Escribió panfletos encendidos de amor a la causa, redactó circulares, sostuvo correspondencia con los liders de todo nuestra Continente, y cuando regresó a Cuba había cimentado las bases de su firme posición entre los trabajadores de todo el mundo,—posición que le permitió aceptar el puesto de Jefe del Negociado de Trabajo de la Secretaría de Agricultura, en el que le sorprendió la muerte.

En esta época de su vida, Loveira hizo sus primeras armas en la literatura. Publicó su novela inicial *Los inmorales*—de trama vulgar, pero de trazos vigorosos—, y en pocos años supo ganar la posición de novelista de primera en nuestra América.

Al morir repentinamente el 8 de diciembre último, había publicado cinco novelas, estrenado una comedia en tres actos y preparaba otra narración extensa y un libro de cuentos; era miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y de la Academia de Ciencias Sociales, y correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua; había representado a Cuba en las últimas reuniones de la Asamblea Internacional del Trabajo, de Ginebra, y gozaba de una merecida y sólida reputación, tanto en los círculos obreros como en los intelectuales.

Como Gorki, el novelista ruso, Loveira era un luchador. Sólo que el autor de *Los ex-hombres* ha podido arribar a la cumbre desde donde, espectador de su vida, puede asistir al desfile de sus años aureolados de gloria.

Y nuestro Loveira, muerto a los cuarenta y seis años, apenas si ha tenido tiempo de fijar su nombre en el Libro de la Novela Cubana.

2.—Existe una definida tendencia en la crítica moderna a buscar detalles autobiográficos en la obra de un novelista. Esta inclinación, que pudo tener una base racial durante el despotismo de las formas realistas,—cuando, según un escritor francés, bastaba avanzar por un camino con un espejo en la mano, para hallar una novela real en los recuerdos del espejo—, se ha mantenido al través de esta época de vértigos y *records*, merced a la eterna suspicacia de los buceadores de la verdad ajena, alimentada por la marcada afición de los novelistas jóvenes a retratarse en los protagonistas—¡siempre en los protagonistas!—de sus primeras producciones, y de los viejos a resumir los episodios sobresalientes y airosos de su vida en ocaso, en las páginas, remozadas por el estilo maduro, de una narración novelesca. Alguien ha afirmado que la novela histórico-folletinesca del siglo pasado ha perdurado, afinándose al pasar por las nuevas formas, en la novela autobiográfica. Sin compartir exactamente este criterio, es posible comprobar las facilidades que la observación directa ofrece, y ofrecerá en todo tiempo a la novela, ya que siempre ha de resultar más sencillo recordar que observar.

¿Hasta qué punto es posible aplicar esta tendencia autobiográfica a la obra de Carlos Loveira, nuestro recién desaparecido compañero? He ahí el motivo de estas páginas, precedidas de un sintético artículo biográfico, (Véase el cuaderno anterior de *Social*,) y seguidas de un abreviado juicio de sus cinco novelas: *Los inmorales*, *Generales y Doctores*, *Los ciegos*, *La última lección* y *Juan Criollo*, que aparecerá en el próximo número de esta misma revista.

Es preciso, ante todo, llegar a una verdad. La vida de Loveira, accidentada, cosmopolita, intensa, llena de incidencias extraordinarias y plagada de grandes peligros, fué una verdadera novela de la realidad. Como Gorki, como Istrati, como Blasco Ibáñez, como Conrad y tantos otros que sería prolijo recordar en esta ocasión, nuestro novelista vivió en sus años jóvenes, principalmente «de los 26 a los 35», la vida interesante y novelable de los apóstoles de una idea. Nadie puede extrañarse, pues, de que en las páginas de sus narraciones, el hombre que tiene un arsenal tan nutrido de vívidos recuerdos, los utilice con frecuencia para dar más calor de verosimilitud y mayor interés a sus escritos por lo demás imaginativos y plenos de ficción y engaño, de arte y artificio.

Veamos, ahora, la vida de Loveira, y sigámosla al través de sus novelas, comprobando cuando la línea vigorosa de la realidad corre pareja a la línea imaginaria de la narración novelesca.

La infancia de Loveira—ya nos lo ha dicho él mismo en esa sincera y espontánea página autobiográfica recogida en el cuaderno anterior de *Social*,—fué la infancia triste y desamparada del huérfano que no ha logrado recibir la definitiva orientación paternal. El maquinista Jacinto Estébanez, protagonista de *Los inmorales*, tuvo también una infancia oscura, desierta de paternal cariño. Y este detalle autobiográfico, corresponde exactamente a Ignacio García, héroe de *Generales y Doctores*, a Alfonso Valdés, sub-héroe de *Los ciegos*, y finalmente a Juan Cabrera, protagonista máximo de *Juan Criollo*. Había, pues, en la sensibilidad del novelista, una marcada predilección por bucear en el alma complicada del niño sin padres, que se enfrenta con la vida cuando todo en la vida debiera sonreirle, y que sólo recibe desengaños y malos tratos, hasta curtir su carácter, hasta hacerlo un temprano y precoz hombre sin infancia, es decir, sin dulces recuerdos de los días mejores de toda vida. Por medio de este método simplísimo para el temperamento auto-observador de Loveira, pudo el novelista en todas sus narraciones dar una fuerte impresión de realidad inicial. Estas infancias trágicas, que se deslizan como sombras por las páginas y capítulos primeros de sus obras, despiertan en el lector, cualquiera que sea su temperamento, un interés máximo, que predispone a favor del que escribe.

Como él mismo nos relata en su autobiografía—*De los 26 a los 35*—, Loveira se inició en la lucha por la vida trabajando en ferrocarriles. De oscuro retranquero a jefe de alguna importancia, expertísimo mecánico, dueño de todos los secretos de máquinas, railes y vagones, la escala fué tan variada como de penoso ascenso. ¿Cómo desaprovechar esta rica fuente de observaciones directas? Jacinto Estébanez es maquinista; Alfonso Valdés es mecánico, y las descripciones de los campos y los ingenios de Cuba, visto desde las paralelas del tren son abundantes e intensas en casi todas sus novelas.

Pero aún hay más. Fué Loveira un eterno rebelde. Su carácter impetuoso, lo llevó en más de una ocasión a encabezar distintos movimientos obreros, tomar parte en huelgas, fundar periódicos incendiarios, en una palabra, luchar por el mejoramiento de la clase trabajadora, a la que perteneció en sus primeros años y representó dignamente en Ginebra como funcionario oficial en las últimas etapas, ya más serenas, de su vida. Pues bien; en *Los inmorales*, y en *Los ciegos*, podemos ver, al través de la realidad que Loveira palpó, la historia de dos huelgas, que pudieron ser revolucionarias y sólo consiguieron llegar a ser dos grandes fracasos de los trabajadores de Cuba. En estos movimientos, en las palabras de los líders, y en mil y una incidencias de la narración, el novelista recurre a la realidad. Y así podemos encontrar páginas completas de su autobiografía en los relatos de estas agitaciones obreras apuntados.

Como consecuencia de estas actividades socialistas, Loveira se vió perseguido. Perdió empleos. Pasó días de miseria y hambre. Sufrió cárceles. Y en definitiva tuvo que emigrar a la América nuestra, tan acogedora para los cubanos. En el exilio, el autor de *Los inmorales* volvió a sus oficios y a sus aficiones: fué maquinista y periodista, fué líder y cabeza de motín en Panamá y en Costa Rica, en Chile y en Perú, en los Estados Unidos y en México. Comprobemos una vez más, esta línea, paralela a la realidad, en Jacinto Estébanez, el héroe real de su primera producción imaginativa, y veamos cómo en todas sus obras, el cosmopolitismo, los viajes y el cambio cinematográfico de ambientes es una de las cualidades que más sugestividad y espíritu moderno imprimen a todas las páginas.

¿Sus amores? ¿La gran novela pasional de la vida del novelista? ¿Cómo podía faltar esta parte de autobiografía intensa y emocionante en las páginas de sus novelas? ¿Cómo reservarse en este sector, tan tentador, de su gran afición a la introspección, a la autobiografía? En sus novelas hay páginas de amor, que fueron otros tantos capítulos de la vida del novelista. Basta, para comprobarlo, examinar el calor de realidad, la frescura de estas escenas, para llegar a la conclusión de que no pueden ser sino el recuerdo de una realidad transitoria, que el novelista desea y logra hacer perdurable en las páginas de sus obras.

Mas, dejemos el tema. Es muy temprano, quizá, para relatar la gran novela de la vida del novelista. Esperemos que los años difuminen un tanto el calor, la emoción de realidad que aún palpita en torno a estos hechos. Acaso sea prudente y hasta piadoso, confiar en definitiva este relato intenso, a los escritores de las generaciones por venir. El recuerdo del gran novelista, tan discreto siempre para las cosas de su vida, así nos lo exige a nosotros, sus amigos, sus admiradores.

Guillermo Martínez Márquez

Noticia.—En la entrega próxima publicaremos el capítulo inicial de una novela que a medio hacer dejó Carlos Loveira. Lo hemos recibido de manos de mujer, por él amadas.

En elogio de John Keats

(*Viene de la página 248*).

vez permitió a Keats acercarse a su hermana, están unidos para siempre al nombre inmortal de su víctima. Tratamos vanamente de olvidar el nombre fatídico. A semejanza del cuervo agorero se posa sobre el busto del «pequeño dios», que antes de morir sentía ya florecer sobre su tumba las margaritas nacidas de su propio corazón ardiente.

Max Grillo

París, febrero de 1929.

Dos cartas de Haya de la Torre

1.—En la que se habla de Masferrer

Londres, febrero 22.

Mi querido don Joaquín:

Acabo de leer los dos números de *Repertorio*, iniciales del año 29. Todo un espíritu encendido de antiimperialismo y unionismo viene vibrando en ellos. *Repertorio* se lee ansiosamente en Europa y he visto en Alemania, ultimamente, que muchos europeos estudiosos de nuestro idioma le buscan como el verdadero mensaje de la nueva América Latina. Cuánto le debemos todos a sú labor inflaqueable!

El artículo de don Alberto Masferrer es un admirable envío de un viejo ilustre cuyo afán de superación y juventud se cumple ejemplarmente. Estoy escribiendo ya el relato de mi viaje por Centroamérica y en él tengo que recordar muchas veces la figura del gran idealista salvadoreño. En las páginas del libro, del que la prensa de varios países está dando ya artículos sintéticos, concretados a la ofensiva del imperialismo, confirmo todas las aclaraciones de don Alberto publicadas el 8 de diciembre en *Repertorio*, referentes a los angustiosos momentos que pusieron término forzado a mi estancia en El Salvador.

Es cierto que él no vió las ametralladoras. Las vió mi amigo y compañero de colegio, el militar peruano Felipe Iparraguirre, mayor instructor del ejército salvadoreño, quien bravamente abandonó el país poco tiempo después de haber protestado ante el Jefe de Policía porque el ministro de guerra había embocado las metralladoras sobre su hogar en donde yo era huésped.

No fué don Alberto quien me notició de la reunión realizada en la Universidad. Fueron Chavarría y otras brillantes muchachos salvadoreños quienes después de su acuerdo visitaron al *inocente* presidente salvadoreño señor Romero Bosque.

No fué don Alberto quien me llevó a la Legación de México; él sabe bien que alguien muy cercano a él me demostró su arrojo y su decisión en aquellos momentos definitivos. Fue, sí, don Alberto quien horas después dijo al Ministro de México las palabras más hermosas que yo haya escuchado nunca de él, pidiendo el asilo. Aun recuerdo su diestra temblorosa más arriba de su corona de canas cuando invocó, «por el honor de México».

Todas las aclaraciones contribuyen a la historia. Hoy don Alberto—hay que admirar su valor dentro de una censura de prensa arbitraria y torpe—, escribe su declaración de fe vigorosa y admirable: «*Somos apristas. El apra es insustituible por ahora como fuerza que enlaza y acrecienta y enfervoriza los anhelos de los pueblos de América en el propósito de su liberación*». Esa declaración viene de una de las mentalidades más altas y más limpias de Nuestra América. Y eso es lo sustantivo de don Alberto. Lo que más puede interesarme de él como resultado de mi viaje. El *Apra* va adelante, cada vez más adelante y Centroamérica ha hecho de ella la expresión más legítima de su rebeldía y de su unionismo antiimperialista.

Felicitemos al ilustre luchador, veterano de tantas jornadas. Felicitémosle y hagamos que el eco de su llamado repercuta en todas las conciencias jóvenes de América.

Bien, pues, por *Repertorio*, don Joaquín! Usted es el aprista que verdaderamente representa al trabajador intelectual decidido y certero de nuestra *Apra*. Cuánta ayuda brinda Ud. a nuestra causa con Palacios, con Turcios, con del Mazo, con tantos otros que de un lado a otro de Nuestra América dejan ir tenazmente su invocación a nuestro gran frente único, que forma el Partido conductor de la jornada antiimperialista.—*H. de la T.*

y 2.—En la que se dirige a las mujeres panameñas que protestaron por su expulsión de Panamá

Londres, febrero de 1929

Camaradas de la Sociedad *Camena*.

Panamá.

No llegó hasta mí durante mi aislamiento en Cristobal, ordenado por el Gobernador del Canal, el grato mensaje de ustedes que acabo de leer en *Repertorio Americano*, la gran tribuna que el tesón y la clarividencia admirables de don Joaquín García Monge brinda a los espíritus libres de Indoamérica. No lo leí entonces, cuando la policía armada de los guardas del imperialismo vigilaba mi temporal cárcel flotante, pero ya había adivinado de ustedes una actitud tan digna y tan ejemplar. Una de las grandes atracciones de mi desembarco en Panamá, quizá la única, era de volver a ver esa magnífica expresión de fe, de rebeldía y de entusiasmo tenaz que admiré tanto en 1923 en el pueblo panameño del que ustedes forman parte y cuyo espíritu representan tan bien. Por la actitud implacable de los representantes del imperialismo en Guatemala y el Salvador, fracasada solo en Costa Rica, suponía yo que al llegar a las puertas del Canal la policía norteamericana ratificaría el veredicto de la Secretría de Estado en Washington que me califica «como uno de los más peligrosos sujetos que haya en América Latina para los intereses del *fraternal* panamericanismo». Pero la Legación de Panamá en Costa Rica, por boca de su Secretario el señor Ricaurte Rivera, me disuadió de todo temor. Me otorgó él personalmente el *visa* de mis pasaportes y ocasionalmente vino a confundirse con el grupo numeroso y férvido de hombres y mujeres de San José que en la Estación del Pacífico me dieron uno de los adioses más calurosos y vibrantes de que yo pueda tener recuerdo en mi largo peregrinaje por nuestra América.

El poder del imperialismo, sin embargo, fué más fuerte que todo. Llevaba en mi cartera la Constitución de Panamá y pensé por un momento que en el último de los casos ella podría servirme para invocarla a los soldados de Washington que se llaman centinelas «of freedom and Justice». A pesar de mis pasadas experiencias sobre el valor de las Constituciones frente a las órdenes del imperialismo, creí que algo me valdría. Los hechos me dieron la última y palpable prueba del peligro en que nos hallamos todos si continuamos creyendo en los oficialismos mendaces y en el puritanismo sórdido que declama desde el Norte conquistador el idealismo más hipócrita de la historia política del mundo.

Pero un nuevo ultraje a nuestra causa es una nueva anunciación de victoria. No importa contra quien caiga la mano despiadada de nuestros enemigos. Cada vez que cae mata ó hiere a alguno por cuyo sacrificio podemos medir la fuerza de nuestra obra; pero el golpe y la sangre juntan y elevan.

Ustedes,—lo he dicho muchas veces—, forman el conjunto femenino más eficazmente vigoroso que yo haya visto en Nuestra América. Su organización su espíritu y su obra social son ejemplares para las mujeres indoamericanas. Me refiero particularmente al sentido de responsabilidad histórica que les guía. Como organización femenina, la Sociedad *Camena* ha realizado y realiza dentro de su radio limitado por las condiciones del medio, que amurallan las esclusas gigantes de un Canal que es el más grande peligro para el futuro de América, una labor que es ejemplo de lo que pueden hacer por el antiimperialismo y el unionismo efectivos en nuestros pueblos las mujeres conscientes de veinte países asediados.

Salía de Costa Rica, que es otra pequeña parte de Indoamérica en donde la mujer vale y puede mucho y valdrá y hará más cuando,—como ahora comienza a verlo claro—, se una, se organice y se perfile en su rol decisivo. Llevaba justamente para ustedes el mensaje de la mujer costarricense que hoy por la inspiración de sus elementos más representativos ha levantado y sostiene la bandera del *aprismo*. Quería decirles que no se sintieran solas, porque cerca, muy cerca, el espíritu hermano de muchas camaradas sumaba sus grandes valores individuales y se resolvía a actuar por nuestra causa Y también quería decirles mucho de la mujer antiimperialista de Guatemala y de El Salvador cuyo entusiasmo y decisión fueron para mí una de las grandes revelaciones de esa mi jira mitad penosa y mitad grata por Centroamérica.

Mi programa quedó frustrado. Cinco mil millas de mar fueron necesarias para ahogar mi palabra. Ahora llegan, tan potentes como voces, los ecos de una protesta de ustedes que yo esperaba, ahora va también el retorno de ese grito solidario en este mensaje fraternal de aliento y de optimismo.

No importa el nuevo destierro. Creo

que mi último viaje ha sido una de las lecciones más objetivas de nuestra realidad que yo necesitaba aprender. El resultado de todo lo pasado en cinco meses es un caudal inmenso de optimismo para nuestra causa. Mi expulsión de Panamá levantó una protesta en América que ha sido para mí el mejor síntoma de que ya no estamos lejos unos de otros. Entiendo que pocos momentos más desagradables, de los muchos que tuvo Mr. Hoover en su viaje, se lo dió aquel mensaje que nuestro Alfredo Palacios, a nombre de la Unión Latino Américana, envío al viajero de buena voluntad de Buenos Aires a Montevideo, enrostrándole cuanto ocurría en Panamá el 18 de diciembre. No estamos solos, pues! El antiimperialismo y el unionismo latinoamericano ya no son vagas palabras. La bandera del *Apra* no es ya una mera oriflama. El movimiento acrece, se agiganta. El *aprismo* cunde y arraiga. Nuevos soldados se suman cada día a nuestras filas. El *Apra* es el Partido histórico que alía para la tarea grandiosa que marca una época, todas las fuerzas antiimperialistas y unionistas de nuestros pueblos.

Ustedes sigan. Siempre las he recordado y siempre las recuerdo con entusiasmo. Madres, hermanas, hijas todas unidas por el anhelo común tienen algo que hacer en este esfuerzo multánime. Dejemos a la próxima generación un legado que nosòtros no recibimos. Seamos dignos de nuestra época cumpliendo con plena conciencia de la realidad indoamericana esta etapa preliminar e ineludible de nuestra lucha por la Justicia integral, combatiendo el imperialismo y buscando la unión de nuestros pueblos bajo las banderas del *Apra*.

Y no olviden que el pueblo panameño no está solo, ni la misión que a ustedes les cabe en hacerle ver que no está solo.

A todas un saludo fraternal. A las dirigentes tenaces y a los grupos de trabajadoras manuales e intelectuales que integran los Talleres Escuelas y la Sociedad *Camena*, con cuya presidencia de honor me siento honrado. Ustedes son obreras dos veces de una tarea gloriosa.

Contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de Indoamérica, para la realización de la justicia social.

Haya de la Torre

Estampas

Siguiendo a Emerson decimos: «Es natural creer en los grandes hombres». No nos conmueve por eso la muerte de un militar. Con él no se va de entre los hombres ningún tesoro. Un azote sí se va. Cuanto mayor es el galón más férrea es la opresión. El minero sustenta sus aspiraciones con el mineral que desprende de la entraña. Su negocio es abrir roca para descubrir riqueza líquida o sólida. La vida humana en toda su magnitud es el negocio del militar. A la producción de esa materia prima no consagra ni esfuerzo ni ingenio. Mucho menos a su desarrollo, pues todas las facultades que armonizan lo humano hasta hacerlo persona, son abatidas por la disciplina que impone obediencia ciega. Y exalta en cambio todos los instintos de lucha que se agazapan en la vida del hombre.

No nos conmueve por eso la desaparición de un militar. Gradualmente debían irse extinguiendo, sin conmociones, para que los pueblos fueran educándose en otros procedimientos para solucionar sus querellas. Sustituir el galón por el libro. Y no cometer el error de suponer que ambos instrumentos pueden ir juntos.

Los países que como Costa Rica tienen ya resuelto el problema militar disfrutan de un beneficio saludable. Conviene no dejarlo perecer por la falta de visión. En la actualidad han sentido algunos que ese bien ha comenzado a debilitarse con las academias a que han sometido a los jóvenes liceístas. No lo creemos así, porque esos ejercicios son inocentes y transitorios. Son la preparación de un cuerpo que pueda hacer algunas piruetas militares en un homenaje que el país va a hacer a uno de sus hombres importantes. Pasado el festival, cada joven será despojado de sus arreos y no volverá a pensar en voces de mando, ni en sones de tambor, ni en estridencias de clarín.

Claro está que con una concepción no militar del ejemplo altísimo que dió el grande hombre, los jóvenes no hubieran sido sometidos a tales infantilismos. Pero ya que lo fueron, lo que debemos anhelar es que allí paren los vislumbres de militarismo que a muchos han alarmado. Y cómo nacieron precisamente en ocasión memorable por el acontecimiento que los motivo, tenemos que darle otro sentido a la hazaña trascendental del prócer. Sacarla de la alcancía del militar para presentarla como el esfuerzo más viril que un pueblo ha podido hacer para conservar íntegra su soberanía. Decir que cuando de la soberanía se tiene el concepto de que es la única dignidad posible a un pueblo, no hace falta para defenderla el militar.

El dilema es, prosperidad o independencia. Editorialmente lo planteó el *New York Herald Tribune* en el número del 27 de enero pasado. Es un editorial enfocado en apariencia al archipiélago filipino, pero de aplicación a todos los países del mundo que Washington considera zonas de influencia norteamericana. Los Estados Unidos dan lo primero a cambio del olvido perpetuo de lo segundo. Filipinas produce en abundancia azúcar que llega en virtud de privilegios económicos a los mercados del poderoso país del norte. El consumo de ese producto enriquece al archipiélago de las Filipinas colmándolo de prosperidad. Pero los filipinos no han querido perecer del todo y han hecho reservas en cuanto al manejo de ciertos asuntos internos. Los Estados Unidos juzgan que hay inconsecuencia en los filipinos recibiendo por un lado, privilegios que se tornan en prosperidad, y por otro negándose a entregar lo que una teoría política retrasada llama en su terminología sin sentido, independencia.

A acabar con ese término que obstaculiza la civilización gratuita que riegan los norteamericanos, tiende el proyecto de ley presentado por un senador de apellido Smoot. El senador limita la importación de azúcar filipino a los Estados Unidos. Esta medida va a ocasionar la catástrofe de la prosperidad del archipiélago. No pueden los responsables de la política interior de Filipinas cruzarse de brazos y han enviado una delegación especial a deliberar a Washington.

El resultado de esa deliberación ¿cuál ha de ser? Sin duda que Filipinas se preguntará con el editorialista del *Herald Tribune*: «Is it worth while bartering prosperity for independence?» Lo que en castellano significa: «Vale la pena que se trueque prosperidad por independencia?»

La respuesta? Nos parece adivinarla cuando pensamos que las Filipinas deben

estar repletas de responsabilidades económicas. Esa civilización que los Estados Unidos se ufanan en distribuir a los países que sojuzgan o quieren sojuzgar es la cadena más dura contra la independencia de un pueblo. El oro es para ellos el gran agente de civilización. Pero como no lo riegan por filantropía, sino para recoger doblada la cosecha, llegado el tiempo exigen todos los respaldos. Filipinas tendrá ahora que hacer entrega de los últimos restos de autonomía, de los que daban a sus habitantes la aspiración de una reconquista. Prosperidad o independencia, ese es el dilema. Y como el país que cautivan las redes norteamericanas no desenvuelve el sentido del sacrificio, por la constante y tenaz negación que de él hacen los procedimientos de civilización que ellas imponen, Filipinas sucumbirá. La treta del senador Smoot acabará con toda aspiración autonomista del archipielago. El azúcar seguirá llegando en abundancia a los mercados norteamericanos y la prosperidad continuará calentando los corazones filipinos.

Los senadores Smoot cunden en el Senado de los Estados Unidos. Y parecen turnarse en el ejercicio de formular las tretas que deben reducir al vasallaje a los pueblos. Costa Rica tiene también su senador Smoot en el representante que ha propuesto un gravamen crecido a la importación de bananos. ¿Qué intentarán arrancarnos con esa celada? Es muy curiosa la coincidencia cuando Costa Rica está empeñada en revisar las leyes que regulan la producción y exportación de dicha fruta. No nos hacemos ilusiones en cuanto a los beneficios que esa revisión traerá a nuestro país. Las fuerzas en contra de las cuales hay que luchar requieren virtudes que no vemos asomar en todos nuestros hombres públicos. Probablemente Costa Rica será arrastrada como Filipinas a cambio de que la importación del banano no se grave.

Pero debemos hacer pedestal a la lección. No abramos nuevos mercados en los Estados Unidos a aquellos productos cuyo gravamen de exportación forme capítulo primordial de nuestros presupuestos. Alegrémonos de que el café no vaya a los Estados Unidos. Que siga siempre rumbo a Europa. Cualquier día un senador Smoot, el que estuviera de turno, planearía la celada del impuesto excesivo para arrancarnos lo que la providencia nos vaya salvando de soberanía.

Juan del Camino

Cartago y Abril 1929.

Poesías de John Keats

Tres sonetos

O solitud!

Si he de vivir contigo, Soledad, no en oscura
morada de promíscuo poblado me cautives:
al mirador trepemos de la escarpada altura,
desde donde alimenta, por floridos declives,

los profundos cristales el barranco,—y mi [planta
que te guíe en el bosque laberíntico deja,
allá do el ágil ciervo con raudo salto espanta,
del digital purpúreo, a la silvestre abeja.

Mas aunque así viviera feliz contigo, anhelo
el trato de un espíritu sin mácula ninguna,
cuyas palabras sean espejo cotidiano
de su pensar sutil; y acaso encierre el vuelo
de dos almas afines a tus moradas, una
de las mayores dichas del corazón humano.

To sleep

Suave embalsamador de la media noche
que sueldas, con tus dedos de roce inadvertido,
los escudados ojos, felices bajo el broche
de sombra, en la divina tiniebla del olvido:

Cierra, si así lo quieres, oh, lisonjero sueño!
mis ojos, ahora mismo, o a que termine espera
mi canto en tu alabanza, antes que su beleño
derrame, en torno mío, piadosa adormidera.

Pero sálvame entonces del día, o su presencia
resurgirá en mi almohada con su pasado grave;
líbrame del imperio de la insomne conciencia
que como un topo mina las sombras en la [calma;
gira diestro en la dócil cerradura tu llave
y sella el silenciado estuche de mi alma.

When I have fears...

Cuando el temor me asalta de morir sin haber
espigado mi pluma en mi campo mental,
antes que en alta pila de libros logre ver,
como en ricos graneros, mi cosecha otoñal;

Cuando veo en las noches consteladas arder
los nebulosos símbolos de una ficción astral
y pienso que pudiera no vivir para ser,
por mágico destino, su intérprete casual;

Y cuando siento, ¡oh, bella perdida en el fluir
del tiempo! que ya nunca veré tu gracia en [flor
ni he de gustar de nuevo del divino elixir,—
entonces, solo, a orillas del mundo abrumador,
pienso que en esa nada también se habrán de [hundir
definitivamente, la Gloria y el Amor.

(Trad. de Rafael Alberto Arrieta. En *Fugacidad*. Bnos. Aires 1922.)

El último soneto de Keats

...El barco hizo escala en el condado de Dorset, y Keats y sus amigos desembarcaron por un día, invertido en explorar las rocas y contemplar el panorama. Fué la última visión de tierra inglesa que recogieron los ojos del poeta. Al regresar al barco, aquella noche, después de un día sedante, recuperó la calma momentánea. La emoción del amado paisaje perfumaba su corazón; la lucidez de su espíritu comunicaba un destello armonioso a sus sentimientos, dulcificando la pena y disolviéndola en un infinito de serenidad melancólica. Brillaba una estrella en el firmamento. El poeta la contempló arrobado, asociándola a su propio destino. La imagen de Fanny no tardó en interponerse entre el amante y el astro. Pero no veló la diafanidad de aquel espacio. Ella misma apareció como soñada, temblor aéreo, vaguedad sutil semejante a un efluvio y capaz, como éste, de llenar la noche. La profundidad nocturna unificaba el corazón y el mundo en una sola armonía flotante... Keats abrió el tomo de las poesías de Shakespeare, y en una página en blanco, frente a *La queja del amante*, escribió directamente, sin vacilaciones, como si dejara en ella un diamante ya facetado:

Bright star, would I were stedfast as thou art—
Not in lone splendour hung aloft the night
And watching, with eternal lids apart,
Like nature's patient sleepless Eremite,

The moving waters at their priestlike task
Of pure ablution round earth's human shores,
Or gazing on the new soft-fallen mask
Of snow upon the mountains and the moors—

No—yet still stedfast, still unchangeable,
Pillow'd upon my fair love's ripening breast,
To feel for ever its soft fall and swell,

Awake for ever in a sweet unrest,
Still, still to hear her tender-taken breath,
And so live ever—or else swoon to death.

Y este fué su último soneto—su último suspiro lírico...

Sin otra presunción que la de haber logrado una correspondencia aproximativa, transcribo aquí mi versión del magnífico soneto:

¡Si yo estuviese, Estrella, fijo cual tú!—no ais- [lado,
en suspensión nocturna de fúlgida fijeza,
sin parpadear velando, igual que un desvelado
y paciente eremita de la naturaleza,

la intranquila marea que como en religiosa
ablución las riberas continentales baña,
o contemplando extático la máscara sedosa
que la reciente nieve da al yermo y la monta- [ña.—

¡No!—Aunque siempre inmoble y firme en mi [constancia,
de mi bella apoyado sobre el pecho en sazón
sentir, insomne siempre y en dulce vigilancia,

el amoroso ritmo de su respiración;
cómo exhala su aliento eternamente oir
y así vivir sin término—o en éxtasis morir.

Rafael Alberto Arrieta.

(De *Ariel corpóreo*. Buenos Aires. 1926).

Oda a una urna griega

Thou still unravis'd bride of quietness.—

De la Quietud esposa inmaculada,
pupila del Silencio y tardo Tiempo,
que sabes enarrar aunque silvestre
con más dulzura que las rimas nuestras,
¡ah! dínos ¿qué leyenda por tu forma
entre festones vaga de los dioses,
o de mortales, o tal vez de entrambos,
de los valles de Tempe o de la Arcadia?
¿Por qué esa caza y fuga de doncellas
de las flautas al son y tamboriles?
¿qué grande agitación es la que evocas?

Si dulce es la escuchada melodía
la no escuchada es más... Seguid tocando
para el oído nó, flautas suaves,

melodías sin tono para el alma.
Tu canto, efebo airoso en la arboleda,
nunca parar podrás; ni tú tampoco
podrás, veloz galán, a tu cautiva
el beso ardiente que anhelabas darla;
mas no te aflijas porque en todo tiempo
tú serás un galán, ella una hermosa.

Vosotras, dichosísimas ramadas,
las hojas nunca verteréis lucidas
que nunca os dirá adiós la Primavera...
Afortunado músico, sin tedio
podrás un son tocar que no envejece...
Amor ¡oh! más feliz, porque fogoso
has de ser sin cesar el goce ansiando!...
¡Cuánto aventajas de los hombres vivos
la pasión que al saciarse pesaroso
les deja el corazón o desgarrado,
los labios secos y la frente ardiendo!

¿Quiénes son los que van al sacrificio?
¿A qué rústico altar ¡oh, sacerdote!
conduces la ternera mugidora
de los sedosos lomos guirnaldados?
¿Qué villa sobre un río, o costanera,
o montañesa de castillo innocuo
desierta vióse esta mañana pía?...
¡Ah, villa! que por siempre silenciosas
tus calles quedarán, jamás un alma
vendrá para explicarte el abandono.

Ática hechura primorosa en mármol
que decoró el cincel con la apariencia
de humana vida en cuadros nemorosos,
al pensamiento tu serena forma
como la misma eternidad abruma.
Tu helada pastoral, cuando los años
la actual generación hayan sorbido,
en medio se verá de otros dolores
que no serán los nuestros y clemente
dirá siempre a los hombres que lo bello
es verdadero y la verdad es bella,
y que no más sabrán en este mundo
ni más saber tampoco necesitan.

La hermosura sin merced

Ah what can ail thee, Knight-at-arms.—

—¡Ah! ¿qué tenéis, caballero?...
¿Por qué estáis solo y tan pálido?...
Secóse el junco y no canta
ningún pájaro.

¿Qué mal tenéis, mi señor,
que así sois mísero cuando
ya está seguro en las trojes
todo el grano?

El lirio está en vuestra frente
de calentura mojado,
la rosa en vuestras mejillas
blanqueando...

—Topé en la vega muy hermosa
dama de cabellos largos
cuyos ojos parecían
extraviados;

sobre mi corcel la puse
y el seso perdí en el acto
porque hacia mí se inclinaba
suspirando;

de guirlandas adornéla
la frente, el talle y las manos,
mientras ella me cantaba
muy despacio;

luego azúcar de maná
y miel silvestre me trajo
en lengua extraña diciendo
'Yo te amo';

me llevó a su gruta de hada
y besé sus ojos tanto
que se me cayó dormida
en los brazos;

y durmiendo sobre el musgo
tuve el sueño más infausto
de mi vida, que aún recuerdo
con espanto;

ví cien lívidos fantasmas
surgir ante mí clamando
'¡La Hermosura sin Merced
te ha captado!'

eran Monarcas, y Príncipes,
y Guerreros descarnados
y me desperté en la falda
del collado...

Y aquí por esto me veis
solo y tan mísero cuando
secóse el junco y no canta
ningún pájaro.

(Traducción de G. de Zéndegui. En *Sones de la lira inglesa.* Oxford University Press. 1920.)

Oda a un ruiseñor

My heart aches, and a drowsy numbness pains...

Me siento el corazón adolorido
y confuso el sentir como si hubiera
densa poción narcótica sorbido
hasta las heces o la sien bañado
con agua del Leteo...
Mas no de envidia sufro porque el Hado
te favorece tanto; devaneo
¡oh, Dríada ligera!
de tu dicha dichoso,
al escuchar el himno soberano
que en el seguro de tu hayal sombroso
a toda voz elevas al verano.

¡Ah! sí catase un vino refrescado
por larga edad en hondo silo, oliente
a Flora, evocador de ameno prado,
y baile, y canto provenzal, y ardiente
sol, y celeste azul!... Beberme quiero
un vaso grande lleno de alegría,
de ardor del Mediodía,
del hipocrene tinto, verdadero,
con espuma que guiña cuando toca
al borde, que la boca
empurpurada deja... y de mi vida
salir sin ser notado en la bebida,
así, desvaneciéndome contigo
en la delicia del silvoso abrigo...
Desvanecerme así en la lejanía,
dejar de ser por ansiedad de olvido
de todo lo que nunca has conocido
bajo la fronda tú: fiebre, atonía
e inquietudes de acá donde la gente
se congrega a gemir; donde el anciano
perlático se arrastra y de repente
consunto muere el joven más lozano;
donde el pensar nos hunde en la tristeza;
donde no dura un día la belleza
y su novel amante
no la puede anhelar más de un instante...

¡Me iré, me iré de acá para encontrarte!...
No sobre el carro en que el dios Baco guía
su tronco de leopardos, mas volando
en alas invisibles de Poesía,
mi cerebro confuso dominando...
¡Me encuentro ya a tu parte!...
Dulcísima es la noche y por fortuna
su trono ocupa ya la Reina Luna
en medio de sus magas estrelladas...
Acá no hay otra luz que la traída
por las auras del cielo entre onduladas
sendas de musgo y sombra enverdecida...

No puedo ver qué flores voy hollando,
que incienso de la rama está colgando,

La Fuente

Amiga:

Mi sueño fué interrumpido por una deuda contigo. Enciendo mi lámpara y recuerdo que hace un año te prometí un cuento. ¿Recuerdas?

La Caridad tomó la forma de una rosa blanca, de pétalos enormes, fuerte para abrigar un sueño milenario que había de cumplirse en breve tiempo.

El Hada protectora de los amores castos puso el fuego de su contemplación en nuestras pupilas.

Hace más de un milenio un amor incumplido pidió la Gracia de su realización en la tierra. Los amantes fueron fundidos en una preciosa esmeralda que ocultó en su centro, aprisionada pero viva, la chispa sagrada que brota de un corazón a otro y une así para la eternidad lo que la vida ya no podrá separar.

El demonio dividió la piedra, pero la chispa fue indivisible y vagó por el mundo con el dolor del cuerpo destrozado. Fué un largo sufrir...

La chispa sagrada rogó al Señor por el perdón de su locura que pidió la eternidad en la tierra. En tanto la esmeralda hecha dos lucía en la corona de una reina, quien ignoraba en su vanidad el origen de las gemas.

La chispa robó las esmeraldas y temerosa de la ambición mundana pidió la vida pasajera para realizarse en un amor casto y cumplir el mandato de la unión eterna en el Amor Divino.

Las gemas tomaron la forma de dos ranitas diminutas color de esmeraldas que nuestras pupilas contemplaron extasiadas, preguntándonos entre sí el secreto capricho de vivir quietamente en el cáliz de la flor más bella del jardín.

Era de tarde, el crepúsculo tiñó de rojo los celajes del Valle Nuestro. Volvimos la mirada hacia la maravilla de colores y cuando tornamos a ver, las ranitas habían desaparecido y los pétalos de la flor se abrían más y más en señal de contentamiento.

La Caridad Divina fundió la Esperanza y la Fe de aquellas pequeñas vidas. El amor cumplido castamente, voló al cielo en la bella tarde y el Hada protectora que iluminó nuestras pupilas aquella tarde, me ha dicho hoy el secreto milenario de aquel amor que ya es eterno y sin cambio.

Ella

St. Louis, Mo.
Enero de 1929.

mas puedo conocer en la negrura
balsámica las prendas de dulzura
que el mes dona al herbaje y a floresta:
el blanco espino, la silvestre rosa,
la efímera violeta vergonzosa
y la almizcleña, la razón de fiesta
de moscas zumbadoras del estío
beodas de su vino de rocío.

¡Y en esta obscuridad tu voz escucho!...
He amado en veces a la muerte mucho...
¡tan llena de reposo!...y la he pedido
en versos ponderados porque hiciese
que en el aire tranquilo se perdiese
mi aliento; pero nunca he concebido
con la intensión de ahora
que morir fuera un paso tan grandioso...
Morir de noche, de color exento,
en tanto que tu alma la canora
derramas en deliquio.... Y si tu acento
cesara entonces de tocar mi oído,
sería de profundis venturoso
para dejarme en gleba convertido.

Tú no para morir naciste: greyes
hambrientas no te empujan al abismo;
eres Ave Inmortal... Villanos, reyes
la voz antaño oyeron que me turba
esta noche fugaz... Tal vez fue el mismo
canto que entró en el seno
de Ruth llorosa en el trigal ajeno
recordando su hogar; que muchas veces
pasmó los hechizados ajimeces
a la espuma fronteros de azarado
mar de un país de encanto abandonado.

¡Abandonado!...la palabra suena
cual doble de campana que a mi pena
me torna ¡oh, Ruiseñor!... La Fantasía,
sílfide engañadora, no extravía,
como aseguran, tanto...
¡Adiós, adiós!... El plañidero canto
se aleja poco a poco en la vecina
vega y su manso río, en la colina,
y cesa en las cañadas ulteriores.
¿No fué alucinación?...¿Lo oí de cierto?
El son voló...¿Soñaba?...¿Estoy despierto??...

Tablero

1929

Imperialismo sin dolor.—Mr. John Carter nombrado recientemente por el gobierno de Washington para consejero del Departamento de Estado, acaba de publicar un libro. *El imperialismo americano, sin dolor*, cuyos comentarios leemos en algunas revistas saxo-americanas.

Lo que Mr. Carter se propone demostrar en las páginas de ese volumen es que los Estados Unidos son un país vegetariano, que se alimenta especialmente de lechugas y siente especial enternecimiento ante los derechos de los pueblos débiles.

Lo que se ha llamado nuestro imperialismo —escribe Mr. Carter—es nuestra capacidad para radiar una cultura y para imponerles a otros pueblos nuestras costumbres y aficiones. La república americana le ha enseñado a Europa a mascar goma y tocar gramófono, a desayunarse con avena y a edificar casas de veinte pisos.

Mr. Carter no le concede mayor importancia a la historia internacional de los países indo americanos, al desmembramiento de Panamá, a la ocupación militar de Haití, a la tenaza financiera que Wall Street ha tendido sobre Santo Domingo, Cuba, Nicaragua y Bolivia.

Parece que la política intervencionista de la Casa Blanca en todos estos pueblos ha tenido un objeto distinto que el de cambiarles el desayuno y reformarles su arquitectura, pero Mr. Carter no quiere entenderlo.

A nadie puede sobresaltar el imperialismo de los *Quaker Oats*, de los *skycrappers* y de la *Chawing Gum*. No son la casa Víctor, ni la casa Libby, ni el *jazz band*, ni el *black bottom*, los elementos de conquista que despiertan la reacción patriótica o simplemente patriotera en el centro y en el sur americanos. Ese imperialismo sin dolor de que habla el desenfadado Mr. Carter, no suscita reacción alguna. Todos los descendientes españoles y de indios estamos dispuestos a desayunarnos con avena y a mascar perillo. Lo que no podemos aceptar sino a trueque de un gran dolor, es que el dinero de Down Town se convierta en un lazo para cazar soberanías y que tengamos que sudar auténtico petróleo para pagar las deudas que en momento oportuno nos formule el Departamento de Estado.

El libro de Mr. Carter es inocente y sonrosado como una manzana de California.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Se va de Bogotá, después de tres meses de propaganda como delegado de la unión patriótica de Haití, sin duda el núcleo que lucha más valerosamente en América contra el imperialismo del norte, el doctor Jolibois. Durante su permanencia en esta ciudad frívola, cada día menos entusiasta por las grandes causas, he tenido tiempo de observar incesantemente las actividades de este apóstol ardiente, sincero, conmovido y convincente, cuya inteligencia y cuya cultura le han ganado a su patria, a su noble patria, ultrajada y herida con inaudita crueldad por la ocupación norteamericana, innumerables simpatías. Colombia, es preciso decir la verdad, la Colombia financiera de hoy, había olvidado las viejas y sagradas vinculaciones que la unen a la república de Haití. En cuanto a su martirio actual, cuyos detalles son espeluznantes lo ignoraba de modo absoluto. El señor Jolibois, orador elocuente, escritor pulcro y bien informado, hombre de una rectitud y de una moral ejemplares, que ha consagrado su vida, con sacrificio de todos sus intereses y de todos sus afectos, al servicio de la patria, ha refrescado los recuerdos y nos ha dicho en forma impresionante la insondable amargura de la tragedia que se abate sobre Haití. Su palabra no es de odio, sino de justicia y de piedad. Sigue ahora su iluminada y doliente peregrinación, a través de toda la América española, y estamos seguros de que cuando regrese a su país, lo encontrará en vísperas de definitiva liberación, porque, al fin y al cabo, el pueblo de los Estados Unidos es quizá el más sensible a las manifestaciones de la opinión. Esperamos que las ciudades colombianas en donde posiblemente se demore el señor Jolibois, sepan tributarle la cariñosa, la cordial acogida que merece.—*Maitre Renard.*

(*El Espectador*. Bogotá).

Las juventudes intelectuales, austeras y puras, que creen en la resurrección de los muertos y esperan todavía la purificación de nuestra política, síntesis de todas las mediocridades y modelo de toda rapacidad, lanzaron hoy, por medio de un pequeño y selecto grupo, una lista de candidatos por Bogotá. Son principales Baldomero Sanín Cano, una silueta de pensador, de publicista y de apóstol, que se divisa desde todos los puntos del continente; Luis López de Mesa, el maestro de las nuevas generaciones, el ensayista sutil, cuyo valor cívico apenas es comparable a su formidable capacidad como disociador de ideas; Miguel López Pumarejo, una laboriosidad, una cultura, un carácter, una templada y discreta energía, cuya consagración a la Universidad Libre es un caso de altruísmo digno de toda loa. No hay capital de América que pueda presentar una lista de candidatos superior a ésta, ni por la mente, ni por la moral, ni por los antededentes ciudadanos. No a la asamblea, no a la cámara de representantes, merecen ser llevados esos tres eminentes profesores. Un senado augusto, en donde las cosas de la república fuesen tratadas con el decoro y la severidad de la Roma creadora, se honraría con el concurso de varones como éstos. Son los proscritos del mercado político, que desde hace años estaban prácticamente anulados por el soez tumulto de los apetitos menos finos y menos honorables. Son los idealistas solitarios que habían visto alejarse de sus puertas la vocinglería de la horda violadora de las normas, y ahora tienen la satisfacción de oír las aclamaciones de los hombres sin mancha y sin codicia; de asistir a la rebelión de los limpios, de los honestos, contra el celestinaje picaresco de las trincas eleccionarias.

Este movimiento de la vanguardia democrática, vencedor o vencido, ha de ser saludado por los hombres libres, por los hombres emancipados y por los hombres cultos, como la primera etapa de la reivindicación que todos esperábamos desde hace largo tiempo.—*Maitre Renard.*

(*El Espectador*. Bogotá.)

La renuncia de las dietas

Señor habilitado de la asamblea departamental de Cundinamarca:

Sírvase poner a disposición del doctor Francisco Samper Madrid, con destino a la biblioteca de ciencias sociales de la Universidad Libre, los emolumentos que puedan correspondernos por dietas y viáticos como diputados a la asamblea del departamento en el período legislativo de 1929 a 1931.

De usted atentos y seguros servidores,

B. Sanín Cano, Miguel López Pumarejo, Luis López de Mesa, Armando Solano, Luis Cano, Federico Lleras Acosta, Germán Arciniegas, Jaime Barrera Parra, Jorge Eliécer Gaitán.

Referencia.—Para muchas cosas son útiles los libros de Xenofonte, los qué os ruego leais con gran cuidado, como ya lo hacéis. ¡Cuanto se dilata en alabanzas de la agricultura en el libro que escribió del cuidado de las casas que se titula *Económico!*—Cita de ***Cicerón.***

Indice

Legenda aut adquirenda



Nos han llegado en estos días:

Adolfo Ferriere: *La práctica de la escuela activa*	$ 5-75
Enrique Rioja: *Curiosos pobladores del mar.* (Libros de la Naturaleza)	2-00
José Tinoco: *La vida de los astros.* (Libros de la Naturaleza)	2-00
Julio Alvarez del Vayo: *Rusia a los doce años*	3-00
José Xandri Pich: *Los centros de interés* (Ensayo de adaptación de un método científico de enseñanza. 2º. grado de la Escuela Primaria). 2 vols. pasta	4-00
J. Brunhes y C. Vaillaux: *Geografía de la Historia.* Un vol. pasta	14-00
Azorín: *El chirrión de los políticos*	3-50
Miguel de Unamuno: *Tres novelas ejemplares y un Prólogo.* Un vol. pasta	3-25
Azorín: *Don Juan.* Novela	3-50
Genaro Estrada: *Visionarios de la Nueva España*	3-00
José Martí: *Lira íntima*	3-50
R. Botero Saldarriaga: *En las tierras del oro*	2-00
Tomás Carrasquilla: *Ligia Cruz. Rogelio*	2-00
Enrique Restrepo: *El tonel de Diógenes* (Manual del cívico perfecto)	2-00
Tomás Rueda Vargas: *Pasando el rato*	2-00
Bertrand Russell: *Análisis de la materia*	9-50

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

«El renacimiento judío existe y vale, sobre todo, como obra espiritual e intelectual de sus grandes pensadores, de sus grandes artistas, de sus grandes luchadores. Son estos valores los que en nuestra época dan al pueblo de Israel derecho a la gratitud y a la admiración humanas.

Y son también los que le recuerdan que su misión, en la historia moderna, como lo siente y lo afirma ***Einstein,*** es principalmente una misión internacional, una misión humana».

José Carlos Mariátegui

(Escena contemporánea).

Los libros de la semana

El noble amigo Samuel A. Lillo (Av. Brasil, 552. Santiago de Chile) acaba de publicar por los Establecimientos Gráficos de Bulcells & Co., Santiago de Chile, 1928, la siguiente obra:

Ercilla y La Araucana

Antes había salido, este estudio, en los *Anales de la Universidad de Chile.*

Dice el autor en la introducción.

Introducción

Esta obra tiene por objeto dar a los estudiantes, a los educadores y a los obreros, y en general a todas las personas que tengan el espíritu abierto a los ideales de la patria y de la raza, un libro manual que les permita conocer las partes principales de nuestra epopeya nacional, y les despierte el interés por la lectura de un poema al que no se le ha dado todavía en Chile la importancia que le corresponde.

Es muy corriente escuchar en los diversos círculos, tanto de la juventud como de las personas maduras, que *La Araucana* es un libro pesado y fastidioso, imposible de leer.

Puedo afirmar que casi todos los que emiten semejante opinión, no conocen *La Araucana*, ni siquiera han leído algunos de sus trozos principales, ni mucho menos se han detenido a considerar lo que significa este libro para nuestros niños y para nuestro pueblo.

En efecto, *La Araucana,* no sólo sirve de lazo de unión entre los chilenos y la Madre Patria, recordando la empresa gigantesca de los conquistadores, que trajeron junto con su idioma, el evangelio de Cristo a estas tierras hurañas y remotas, sino que también sirve eficazmente para despertar entre esos mismos niños y en el alma sencilla y abierta de nuestro pueblo, el culto por la memoria de nuestros abuelos aborígenes que esculpieron con sus brazos de cíclopes, sobre el yunque de la gloria, los blasones de la Patria.

Como oían los latinos las estrofas de Virgilio que cantaban la cuna de la Raza, y los germanos los versos heroicos de los Nibelungos, así también nosotros debemos escuchar en los días de la raza, las estrofas heráldicas de Ercilla.

Honremos pues el magnífico presente que la providencia nos ha dado por intermedio del numen del poeta soldado, cuyo nombre y cuya obra, forman los dos arcos gigantes del puente maravilloso que hoy une nuestros pueblos al través de los mares y los siglos.

Otros títulos:

Límites entre Guatemala y Honduras. Documentos relacionados con la mediación del Departamento de Estado de los EE. UU., en 1918-1919.

Publicaciones de la Comisión de límites. Núm. 9. Tomo I. Dicbre de 1928.

Julio E. Moreno: *La revolución del 9 de julio y el Gobierno de la Dictadura.* Quito. Ecuador.

Donación de la Oficina de Información y Propaganda anexa a la Secretaría privada de la Presidencia de la República.

Tres meses en Costa Rica. Por Tomás Arias. Panamá. 1928.

The post-war movements to reduce naval armaments, bay John C. Shillock, Jr.

Donación de la International Conciliation. New York. Dec. 1928. N.º 245.

De G. Aleman Boaños, en Guatemala, hemos recibido la segunda parte del libro *El país de los irredentos* y se titula: *Cartas concluyentes.* Octubre de 1928. Guatemala.

Imprenta Alsina (Sauter Arias, & Co.) San José, Costa Rica